
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA CALAVERA VIVIENTE
ADA CORETTI

—No sé decirle más, pero la verdad es que me encuentro muy asustada.

—Asustada, ¿de qué? Concréteme.

—Ya se lo he dicho. De ellos tres, o tal vez sólo de uno de ellos, no sabría especificárselo. Lo único cierto, concreto, es que desde que han aparecido en el caserón, allí dentro se masca la… la…

—¿La qué? —volvió a inquirir Roy.

—La muerte.



Ada Coretti

La calavera viviente

Bolsilibros: Selección Terror - 186

ePub r1.0
xico_weno 20.10.17

Título original: *La calavera viviente*
Ada Coretti, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE los hombros de aquel hombre, de estatura normal, vestido con pantalón y americana de color gris oscuro, surgía la calavera… Aparecía aterrador y espeluznante el armazón de los huesos de su cabeza, despojados de carne y piel.

Era así, desde que regresó de aquel maldito viaje por tierras africanas.

Los médicos dijeron que moriría, que de aquel modo no había ser humano que pudiera seguir viviendo. Pero los médicos se habían equivocado. La ciencia no siempre acierta.

Pero lo que hacía, quizá, aún más horripilante y demencial el hecho de contemplar aquella calavera viviente, era que en sus cuencas habían quedado los ojos, negros, brillantes como ascuas.

Así era Maxim Lloyd, dueño del caserón viejo, oscuro, situado en las afueras de la pequeña localidad de Susseng.

Pero esto lo ignoraba Margaret Turner, la pelirroja prostituta que aquella noche, húmeda y fría, no encontraba cliente. Sin embargo, no tardaría en saberlo. El destino le tenía reservada esa pavorosa sorpresa.

Se apoyó en el farol de la calle, y sacó un nuevo cigarrillo. Se arrebujó mejor en su abrigo de piel sintética. Si seguía su mala racha, se iría a su casa, es decir, a la habitación que tenía alquilada en aquella pensión de mala muerte. Estaba ya cansada de esperar.

Pero vio acercarse un coche, y éste, finalmente, se detuvo cerca de donde ella se hallaba. Al volante, iba un hombre de unos cuarenta años, de frente despejada, irreprochablemente vestido.

—Hola… —Sólo esta palabra.

—Buenas noches —sonrió Margaret.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó el desconocido.

—Claro que sí… —seguía sonriendo. Lo que no le hizo perder el sentido de las matemáticas—. ¿Cuánto…?

Enseguida se pusieron de acuerdo, y Margaret Turner se acomodó en el asiento delantero, junto a aquel hombre al que era la primera vez que veía.

—Vivo en las afueras… —Le hizo saber el hombre, cuando ya el coche estuvo en marcha—. Supongo que eso no te importa.

A Margaret Turner le tenía ya todo sin cuidado; hacía ya demasiados años que rondaba por las calles. Le daba lo mismo una cosa que otra. Estaba acostumbrada a lo que fuera.

—Claro que no… —contestó.

—¿Cómo te llamas?

—Margaret. ¿Y tú…? —Pero se apresuró a añadir—: Si quieres decírmelo. Si no, déjalo estar, tan amigos…

El hombre no contestó.

—Tienes cara de casado —dijo Margaret—. Yo entiendo de eso, o por lo menos, me las doy de entender. Lo eres, ¿verdad?

Esta vez había de responder.

—Sí —reconoció.

—Y la esposa está de viaje. Aprovechas su ausencia para llevarme a tu casa. Estás cansado de tanta rutina, de siempre lo mismo… Deseas novedades…

—Sí —reconoció de nuevo.

—Es un caso corriente —comentó Margaret, sin darle más importancia a lo hablado.

Unos quince minutos después, el coche se detenía ante una casa de planta baja, que tenía todas las trazas de estar abandonada. A Margaret Turner le bastó una ojeada para estremecerse…

Y el estremecimiento le quedó en la espina dorsal, subiéndole y bajándole.

—¿Es ésta tu casa? —preguntó, extrañada.

—No te gusta, claro…

—No —hizo un gesto negativo, que repitió obstinadamente una y otra vez—. No…

—Es que —le hizo saber el hombre— no es ésta exactamente mi casa. Mi verdadera casa está en el centro de Susseng. Pero suelo venir aquí, de vez en cuando.

—Comprendo, así resulta más discreto para ti… En fin, en un sitio u otro, para el caso es lo mismo… —Y quiso quedar convencida de su respuesta.

Sin conseguirlo del todo. Ni poco ni mucho, ésta es la verdad.

Se apearon del coche, y entonces él introdujo una llave en la cerradura de la casa, dándole un par de vueltas y abriendo seguidamente la puerta.

—Pasa.

Margaret Turner se adentró en la primera estancia. Lo hizo a pasos cortitos, como resistiéndose a avanzar. Estaba asustada, por primera vez en su vida.

¡Qué tontería! No había motivos para asustarse. ¿A tales alturas iba a ponerse nerviosa…? Casi hacía gracia.

—Pasa aquí, y espérame, por favor… —El hombre, tras accionar el interruptor de la luz, había descorrido una cortina, que daba acceso a una sala, bastante amplia y decorosa.

—De acuerdo —dijo ella.

El hombre la dejó sola. Se fue hacia el otro extremo de la casa. Al parecer, tenía que hacer algo, de mucha urgencia.

Ya en la sala, Margaret Turner vio reflejada su imagen en un espejo. Torció la boca en un gesto triste, desalentado, amargo. Era alta, arrogante, con unas formas acusadas y exuberantes. Sus senos perfectos eran, desde luego, lo mejor de su anatomía. Tampoco estaban nada mal sus ojos, de un verde fuerte, y era bonita, espléndida; su cabellera rojiza contribuía a hacerla aún más llamativa.

Pero todos esos encantos personales, ¿de qué le habían servido? Sólo para acabar en la calle, siendo una fulana más… Nunca había encontrado quien la amase sinceramente.

Se encogió de hombros. Ya no venía a cuento lamentarse. Ya tenía que estar hecha a esa idea, y a que nada terminaba de salirle bien. ¿Qué edad tenía…? Treinta y nueve años. No los aparentaba, los llevaba bien; pero sí, los había cumplido ya.

De pronto, un semigrito, medio inarticulado, salió de sus labios.

Acababa de ver, pegado al cristal de la única ventana de aquella estancia, el rostro de una mujer joven.

De una mujer que ella conocía perfectamente. Era una compañera de trabajo. Se llamaba Loretta. Se había casado hacía unos dos años, pero su marido era muy celoso, y empezó a hacerle la vida insoportable. Loretta no tenía nada de dócil, ni tampoco tenía buen carácter, así que, al acto, surgieron los enfados entre

ambos. Hasta que el hombre, al enterarse de que su esposa le engañaba, quiso matarla. No lo consiguió, y la policía le detuvo, condenándole a cuatro años de prisión. Entonces Loretta se dio a la misma vida que ella. La profesión más antigua del mundo, le atrajo como la más cómoda y fácil.

Margaret Turner, sin salir de su asombro, se acercó a la ventana y la abrió.

—¿Qué haces tú aquí, Loretta? —le preguntó.

Sólo entonces se dio cuenta de la expresión de espanto, de terror, que había en el rostro de su compañera y amiga. Una expresión capaz de cortar la respiración a cualquiera.

—Estoy huyendo… —murmuró Loretta, casi sin voz, casi sin aliento. Lo suyo fue un jadeo.

—¿De qué…? ¿De quién…? —volvió a preguntar.

Tras girarse, y ver que algo se movía entre unos cercanos matorrales, Loretta lanzó un verdadero alarido. Con tanta fuerza lo profirió, que los tímpanos de Margaret quedaron momentáneamente dañados, heridos. Por lo demás, Loretta echó a correr. Sin más. Por lo visto, cada segundo era de vital importancia para ella.

Margaret Turner pudo quedarse allí, desentendiéndose de lo que pudiera o no suceder a su compañera, pero impulsada no supo exactamente por qué, decidió seguirla. Deseaba averiguar qué hecho motivaba su alarma. En aquel momento, se olvidó por completo del hombre que la había llevado hasta allí.

Se sentó en el alféizar de la ventana, y pasó las piernas al otro lado. Enseguida estuvo fuera. No le costó hacerlo, pues la ventana era baja. Apenas un pequeño salto le bastó para conseguir holgadamente su propósito.

Poco después, iba siguiendo los pasos de su compañera. Más o menos, pues no sabía a ciencia cierta hacia dónde se había dirigido.

La oscuridad era profunda, sobrecogedora; parecía presagiar algo malo, funesto.

Además, el frío era cada vez más intenso. No, no tardó en arrepentirse de haberse dejado llevar por su primer impulso.

La presencia de aquel desconocido, que la había llevado en su coche hasta la casa, no le gustaba; le daba algo así como mala espina. La casa, por lo demás, resultaba inquietante.

Pero todo eso no era nada; ahora se percataba de ello, si lo

comparaba con las alarmantes y tenebrosas sombras que, en aquellos instantes, la rodeaban. Sombras que parecían llevar la muerte cosida a sus talones.

¡Qué disparates se le ocurrían! En realidad, era una noche como otra cualquiera.

No obstante, todo lo que pudiera temerse fue poco, poquísimo, con el real y auténtico horror que sintió, de pronto…

De la negrura de la noche, apenas rasgada por el resplandor de alguna que otra pálida y mortecina estrella, había surgido, ante ella, una calavera.

El grito que dio Margaret Turner dejó pequeño el que, poco antes, lanzara su compañera.

La calavera estaba a pocos pasos de ella. Aparecía sobre unos hombros normales, que eran continuación de un cuerpo asimismo normal. ¡Pero la cabeza de aquel hombre era sólo eso, una horripilante y pavorosa calavera!

Pero una calavera con ojos. Unos ojos negros, brillantes, llenos de vida.

Ante aquella cabeza, despojada de carne y piel, Margaret había gritado demencialmente. Sí, motivos no le faltaban. Después, se tambaleó como si, de súbito, se sintiera borracha.

Instantes después, la mandíbula de la calavera se movía, y una voz enteramente humana salía de aquella concavidad:

—No se asuste… Soy inofensivo…

Pero, a juicio de Margaret Turner, aquella voz era cortante e hiriente, como el filo de un cuchillo recién afilado.

* * *

Margaret tuvo que recurrir a toda su voluntad para no desvanecerse.

Finalmente, consiguió afianzar sus pies frente a aquella visión, que parecía haber salido del mismísimo infierno.

—¿Se ha perdido…? —le preguntó la calavera—. Si necesita mi ayuda, se la ofrezco…

—No, no… —balbuceó Margaret.

—Se lo ruego, no me tema —pero la voz tenía las mismas características. Era como para paralizar la sangre en las venas al menos impresionable—. No me tema…

—¡Tengo que irme! —exclamó Margaret.

Echó a correr. Con toda la ligereza de sus piernas. Ya no podía soportar por más tiempo aquel aterrador y monstruoso espectáculo, digno de un verdadero aquelarre.

La calavera se quedó atrás.

Margaret corrió y corrió a través de los campos, pero, antes de llegar a Susseng, cuando pasaba junto a un núcleo de altos y esbeltos abetos, oyó el terrible chillido… Que se prolongó insistentemente, como si aquella garganta quisiera hacer un fabuloso, espectacular y siniestro alarde de las posibilidades de sus cuerdas vocales.

Margaret había reconocido aquella voz. ¡Era Loretta quien había gritado de esa forma, tan descompuesta como espeluznante! ¡Sí, había sido ella!

Le dieron tentaciones de huir. Pero Loretta era su amiga, y le pareció mal no hacer por ella lo que pudiera, si es que podía hacer algo.

Se dirigió hacia aquellos árboles, hacia aquellos abetos. De donde saliera el chillido, que ya se había extinguido completamente. Aunque no podía saber si ése era un buen síntoma o si, por el contrario, lo era malo.

De pronto, quedó inmovilizada.

Se sintió verdaderamente aterrada, ante lo que sus ojos presenciaron.

Un brazo se alzaba en el aire, y, con un látigo, con un azote, golpeaba ferozmente sobre el cuerpo de Loretta. La joven se hallaba amarrada con cuerdas a un árbol.

Aquello era, exactamente, un escorpión; es decir, un azote, un látigo formado de varias cadenas, en cuyos extremos había púas y garfios retorcidos…

Y el brazo seguía impulsando el azote sobre el cuerpo de la infeliz. Una y otra vez, bestialmente, desquiciadamente…

Las púas, los garfios, habían desgarrado y arrancado por completo sus ropas, por lo que el cuerpo de la desvanecida mujer aparecía desnudo, y oscuro, morado, más bien negro, debido a los endiablados golpes que le habían producido aquellas cadenas, formando terribles y espantosos hematomas. Y también, claro, había por doquier manchas rojas, de sangre…

El escorpión se ensañó aún más con el cuerpo de Loretta. Se

ensañó hasta convertir su sádico placer en un puro, auténtico y desquiciado desvarío.

Margaret comprendió que su amiga debía estar ya muerta. No, ya no podía ayudarla en nada. Era tarde para eso.

Debía, pues, pensar en sí misma. Era preciso, por un lado, huir de aquella enloquecedora calavera viviente, y por el otro, de este asesino de ahora…

¿O acaso se trataba de una misma persona, de un mismo ser?

Para poder sentenciar al respecto, hubiera tenido que acercarse más al árbol en que Loretta seguía atada, y mirar mejor al hombre aquél, que seguía accionando el terrible e implacable azote.

Pero acercarse implicaba un riesgo excesivo.

Era más sensato huir.

CAPÍTULO II

ROY STANLEY había detenido su coche frente a la taberna, se había apeado, había entrado en el establecimiento, y se había acercado al mostrador para pedir un *whisky* doble. Con el frío que hacía, no le sentaría nada mal.

Acababa de echar el primer trago, cuando reparó en una muchacha rubia, bonita, de airosa silueta, que se lamentaba al tabernero de que el autocar de línea no fuera a pasar por allí hasta mediodía del día siguiente.

—Yo hubiera deseado llegar a Susseng esta misma noche —comentó— o como muy tarde, mañana a primera hora.

Y a Roy Stanley que, según las mujeres, tenía planta de héroe de película policíaca, y que, en honor a la verdad, solía dárselas de valiente y bravucón, le faltó tiempo para acercarse a ella y ofrecerse:

—Yo me dirijo a Susseng. Si lo desea, será para mí un placer llevarla.

La muchacha le sonrió. Tenía unos dientes preciosos y una sonrisa encantadora.

—¡Oh, es usted muy amable! Muchísimas gracias.

Cuando la chica se acomodó en el coche, a su lado, Roy Stanley se dio cuenta, asimismo, de que tenía unas piernas nada despreciables. Hacia allí se le fue la mirada, inevitablemente.

—Me llamo Roy Stanley —se presentó, cuando ella se bajó la falda, y el bonito espectáculo desapareció—. Trabajo en una agencia de seguros. Voy a Susseng a entrevistarme con un cliente.

—Mi nombre es Tina… Tina Powell… Soy profesora de idiomas. Me dirijo a Susseng a ver a una amiga de colegio.

—He tenido suerte, coincidiendo con usted.

—Eso digo yo.

—¿Qué tal si te tuteo?

—Me parece muy bien.

Se echaron a reír.

—¿Quieres un cigarrillo, Tina?

—Sí, gracias, Roy.

Se lo encendió, mientras la luz del encendedor se reflejaba en las pupilas claras de la muchacha.

—Tienes unos ojos que son un ensueño.

—¿De veras? —Ella le miró con agrado, con simpatía.

—Palabra de honor.

—¿Cuántas veces has dicho eso mismo a una chica?

—Cientos —reconoció lealmente—, pero nunca con tanta razón como esta vez.

—Me gustaría creerlo.

Le dio a la llave de contacto, pisando poco después el acelerador. No hizo falta más para demostrar que era un hombre al que le tentaba la velocidad y el riesgo.

—¿Tienes novio? —le preguntó Roy, y ya estaban bastante cerca de la pequeña localidad de Susseng.

Susseng aparecía a un par de kilómetros de aquel trecho de la carretera, entre las tinieblas espesas y compactas de la noche.

—No, no tengo novio —respondió Tina.

—¿Exigente a la hora de elegir…? —quiso saber, y le echó una mirada de soslayo.

—Un poco —reconoció ella.

De la manera más imprevista, Roy Stanley se vio precisado a efectuar un violento frenazo.

No le había quedado otra alternativa, a menos que le gustara la idea de atropellar a la figura que, de súbito, se había plantado en medio de la carretera.

—¡Demonios —barbotó—, un poco más, y la parto en dos!

—¡Sálveme! ¡Sálveme! —exclamó la mujer pelirroja, llamativa, de formas exuberantes, que se acercó a la ventanilla del coche, temblando de pies a cabeza.

—¿Qué le sucede? —inquirió Roy Stanley.

—Primero, la calavera… —balbuceó Margaret Turner, pues, claro está, se trataba de ella—. Una calavera viviente… Habla y tiene ojos… Después, el feroz asesino de mi amiga Loretta… La ha matado a golpes de escorpión… Golpes y más golpes con sus

cadenas, hasta dejarla morada, negra, y a la vez inundada de sangre… Ayúdeme a huir de aquí, por favor… Por favor…

—Puede venir con nosotros —dijo Roy—, si es esto lo que desea. Pero, que conste, de todo lo que me ha dicho, no he entendido nada… Diga, ¿acaso ha bebido más de la cuenta? Eso lo aclararía todo.

—Estoy perfectamente serena. No he bebido ni una sola copa. Se lo juro a usted.

—Bien, suba —le abrió la portezuela trasera—. Pero convenga conmigo en que ver una calavera que tenga ojos y hable, no resulta frecuente… En cuanto a alguien que mate, en estos tiempos, con un escorpión… Lo considero un anacronismo…

—Parece asustada —intervino Tina Powell—, verdaderamente asustada.

—A lo mejor… —empezó a decir Roy Stanley.

—No estoy loca, si es esto lo que acaba de pensar —aseguró Margaret Turner—. Le aseguro que es cierto lo que acabo de explicarle. Se lo ruego; ponga el coche en marcha cuanto antes… Aquí estamos en peligro.

—Si usted lo dice…

Sin tomarla todo lo en serio que Margaret Turner hubiera deseado, el joven atlético, de facciones un poco duras, de enérgico mentón, situado junto al volante, le dio de nuevo al acelerador.

Sin embargo, en esta ocasión, el motor no había de reaccionar convenientemente.

Tras un runruneo nada convincente, el coche se quedó quieto, donde estaba.

—¡Vaya, avería a la vista! —terminó exclamando Roy Stanley, no quedándole ya otro remedio que rendirse a la evidencia.

—¿Y qué podemos hacer ahora…? —preguntó Margaret Turner, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—Podemos ir andando, ¿no? —propuso Tina.

—No, no —se apresuró a decir Margaret—. El asesino podría atraparnos… O la calavera…

—¡Y dale con eso! —Roy Stanley no veía muy claro el que la desconocida estuviera bien de la cabeza—. En fin, sin duda será mejor buscar cobijo por aquí… Alguna casa debe haber… Sí, allí hay una… No creo que sean tan poco hospitalarios, que nos nieguen

su techo por esta noche…

Se trataba de un viejo caserón, oscuro, deteriorado, de aspecto nada acogedor. Pero la situación de ellos no era como para elegir; había que conformarse con lo que fuera.

Minutos después, hacían sonar el aldabón de aquel viejo caserón. Llamada que repercutió en toda la casa.

No tardó en abrirse la puerta, y dejándose ver una criada de avanzada edad. Era delgada, enjuta, y tenía el cabello muy blanco, recogido de un moño. Llevaba un delantal a cuadros.

—¿Qué desean? —preguntó agriamente.

Roy Stanley le hizo saber que el coche se le había estropeado, y que él y sus acompañantes buscaban albergue, por una noche. Susseng estaba demasiado lejos para ir andando, con una noche tan oscura como aquélla.

—A mi amo no le gustan las visitas —dijo la criada—. Por mí no habría inconveniente, pero…

Pero en aquel preciso instante, desde la biblioteca del viejo caserón, alguien miró hacia los visitantes.

Alguien que no fue visto por ellos, pues la susodicha estancia se hallaba en aquellos instantes a oscuras, con la luz apagada.

—Pueden quedarse —le oyeron decir—, no faltaría más… Buenas noches a los tres.

Apenas oída la voz de aquel hombre, Margaret Turner puso los ojos en blanco, perdió el conocimiento, y cayó redonda. Roy Stanley tuvo que apresurarse para que su cuerpo no fuera a dar contra el suelo.

En la taberna habían quedado dos hombres y una mujer. Ellos tendrían alrededor de los cincuenta años y, físicamente, se parecían mucho. Eran bajos de estatura, de estómago prominente y rostro rubicundo. Ella tendría unos cuarenta y cinco años, y era delgada, grácil, con cara de inquietud en su rostro.

Sentados alrededor de una mesa pequeña, redonda, en un lugar apartado, permanecieron en silencio durante largo rato. Hasta que, finalmente, el silencio se rompió.

—¿Estáis seguros de que debemos hacer eso…? —preguntó Ann.

—Sí, claro que sí —contestó David, el marido—. Jamás he estado más seguro de nada.

Tú sigues siendo de mi mismo parecer, ¿verdad, Oliver?

—Sí, sí —dijo éste, que era el hermano mayor—. De alguna manera hemos de favorecer a Maxim… Hasta ahora, no hemos podido hacer nada por él, pero a partir de este momento…

—Ya que hemos tenido tanta suerte en los negocios —añadió David—, lo lógico es que nos acordemos de él. Es nuestro único sobrino.

—Sabemos que anda justo de dinero —repuso Oliver—. Así que, con doble motivo…

—Pero en sus condiciones… —intercaló Ann—, ¿de qué puede servirle el dinero? Según me habéis dicho infinidad de veces, quedó convertido en algo espantoso, horrible, pavoroso…

—Por más que te hayamos dicho, nos hemos quedado cortos. Cuesta imaginar tanto horror.

—Pero ¿qué es, exactamente, lo que le sucedió por aquellas tierras africanas? Siempre he tenido la desagradable sensación de que me ocultabais algo.

—¿Tanto empeño tienes en saberlo todo…? —le preguntó su marido—. Pues bien, por mí no hay inconveniente.

—Por lo que a mí respecta, tampoco —añadió Oliver—. Es tu esposa, y nos guardará el secreto.

Le explicaron lo sucedido. Si bien de forma breve, escueta, ya que, en realidad, no hacía falta más. Aquella horrible tragedia no tenía vuelta de hoja.

—Formando parte de la expedición, llegaron al poblado Tataki, a finales de agosto.

»Todo había ido bien, hasta entonces.

»Aquel poblado les sorprendió un poco. No por el poblado en sí, de características muy análogas a otros ya vistos, sino por sus habitantes. Eran hombrecitos delgados, muy poca cosa, tímidos, casi ruborosos, que hacían reverencias cada dos por tres. Habían recibido a los componentes de la expedición, con toda clase de amabilidades.

»Llegó el día de marcharse, y, con gran sorpresa de tío David y de tío Oliver, Maxim les dijo que él te quedaba. Se había encaprichado de la pequeña Saki.

»La expedición iba a las órdenes de un famoso doctor, así que la voluntad de ellos no contaba. Ellos eran números, o poco más, que simplemente cobraban un sueldo por secundar los planes de aquel

hombre de ciencia.

»Quedarse en el poblado Tataki, cuando la expedición siguiera adelante, significaba quedarse sin empleo y sin el dinero ofrecido al regreso a Estados Unidos.

»Por lo tanto, intentaron hacerle comprender a Maxim que aquello era un disparate, un verdadero disparate, pues la pequeña Saki no se merecía tanto.

»El sobrino no entró en razones. Se quedaría allí; lo había decidido. Sólo se iría cuando su pasión por Saki ya no existiera. Hasta entonces, apuraría el placer de pasar las noches a su lado.

»No sabiendo qué determinación tomar, a tío David y a tío Oliver no se les ocurrió nada mejor que ir al jefe del poblado y decirle que debían vigilar a Maxim que, al parecer, se había fijado en una de las mujeres de su tribu.

»Pensaron que, sabido esto, los hombres de por allí obligarían a Maxim Lloyd a salir de aquella zona. Habría sido, pues, una manera sencilla y cómoda de que todo saliera a gusto de ellos.

»Pero cuando los hombrecitos buscaron a la pequeña Saki, la encontraron entre los brazos de Maxim, haciéndole el amor, y entonces aquellos hombrecitos delgados, tímidos, casi ruborosos, que reverenciaban por cualquier motivo, remontaron en cólera.

Por lo visto, sus mujeres eran algo muy sagrado.

«Entre unos y otros, cogieron a Maxim y se lo llevaron hacia el interior de la selva, donde ésta se mostraba más compacta y lujurienta. Hicieron un agujero en la tierra, y metieron allí a Maxim: sólo le dejaron fuera la cabeza y las manos. Después, levantaron un grueso tronco, qué taponaba algo así como una extraña cueva, un extraño nido. Hecho esto, se fueron.

»Instantes después, Maxim, que inútilmente se había rebelado ante aquellos hombres, pues eran muchos contra él, vio surgir de allí, de aquel agujero, hormigas… Una cantidad ingente de hormigas, que primero en hilera, luego en bloque, en tropel, a cientos, a miles, se dirigían inexorablemente hacia él. Hacia su cabeza, y hacia sus manos, pues el resto permanecía enterrado bajo tierra.

»A partir de aquel momento, los gritos de Maxim Lloyd se oyeron en todo el poblado.

»Sus tíos, David y, Oliver, quisieron acudir en su ayuda, pero

fueron detenidos y maniatados. No recobrarían la libertad hasta que el castigo quedara cumplido.

»Tardó tres días en cumplirse.

»Tres horripilantes y aterradores días.

»Cuando fueron a buscarle, creyeron que estaba muerto. ¿Cómo no iban a creer eso, si de la tierra sólo surgía su calavera?

»Pero sus mandíbulas se movieron, consiguió articular las palabras y dijo:

»—Estoy vivo…

»Sólo entonces vieron que las hormigas habían respetado sus ojos. Resultaba demencial e incomprensible, pero era cierto. Sus ojos estaban allí, negros, brillantes, llenos de vida.

Ésta era la historia.

Ya estaba narrada.

* * *

Ann se había quedado lívida, como un ser espectral. No podía esperar que su marido y el hermano de éste fueran los culpables de lo sucedido a su sobrino Maxim.

—No debemos ir a su encuentro… —musitó Ann, pasados unos instantes—. Si Maxim llegara a saber que por vuestra culpa… —Un miedo súbito le hizo quedarse muda, con la boca llena de saliva.

—No lo sabrá nunca —dijo David.

—Claro que no —corroboró Oliver.

—Sólo nosotros tres lo sabemos —añadió David—, y nosotros, como es lógico, no se lo diremos jamás. Pero sí le compensaremos, en lo posible, lo que por nuestra culpa le sucedió… A Maxim le gustará saber que es rico. ¿No hemos puesto en el Banco, a su nombre, treinta mil libras?

—Si se enterara… —La voz de Ann apenas resultaba audible—, sería capaz de matarnos… ¡Oh, sí, estoy segura de que nos mataría! Incluso a mí…

CAPÍTULO III

LOS fuertes brazos de Roy Stanley habían conducido el cuerpo femenino hasta un cercano diván. La vieja criada, por su parte, se había apresurado a llevar una bebida fuerte, confortable, que sin duda haría volver en sí a la desvanecida mujer.

Para entonces, de la biblioteca apareció el propietario de la casa. Una presencia que hizo que Tina Powell, poco familiarizada con las emociones fuertes, notara que se le cortaba la respiración.

En realidad, fue como si apareciera un encapuchado. Ni más ni menos. Tal como suena la expresión.

Pero en pleno siglo XX, y en el interior de una casa, semejante presencia no podía menos de sorprender, de inquietar, por no decir, claro está, de asustar enormemente.

Roy Stanley, empero, que tenía, por naturaleza, una serenidad pasmosa y unos nervios verdaderamente de acero, se quedó como si nada. Aquella aparición resultó insuficiente para alterar su equilibrio emocional.

—Disculpen que me presente así… —dijo Maxim Lloyd—. Me veo forzado a ello… Por el bien de ustedes.

Antes de que respondieran algo, les hizo saber que había sufrido un gravísimo accidente, y que su rostro, y sus manos, presentaban anomalías que valía más que sus ojos no vieran.

—Ella sí me ha visto, no hace mucho —e indicó a Margaret Turner—, y por eso, ahora, al reconocer mi voz, se ha desmayado.

Roy recordó lo que la pelirroja les había contado. Una calavera viviente… Desde luego, costaba creerlo. Pero, a este paso, por descontado, se vería forzado a tomarse en serio todo aquello.

—Somos nosotros los que debemos pedirle disculpas a usted —dijo Roy Stanley— y es lo que hacemos, por venir a molestarle, a estas horas.

—Están en su casa —afirmó Maxim Lloyd—, y pueden disponer

de ella, no lo duden, a su entera comodidad —y preguntó seguidamente—: ¿Han cenado ya?

—No… —repuso Tina Powell—, pero en modo alguno queremos molestarles…

—Será un placer atenderles como se merecen —repuso Maxim Lloyd, y dirigiéndose a la criada—: Así que la joven recobre el sentido, vete a la cocina y haz cena para todos, y procura lucirte. Después, prepara los dormitorios.

—Sí, señor —asintió la vieja criada, que estaba intentando que Margaret Turner apurara el licor que le había llevado—. Lo que usted mande, señor.

Instantes después, Margaret recobraba el conocimiento. Pero al volver en sí, y tener de nuevo noción de los hechos acaecidos, estalló en un llanto histérico.

—Por favor —le suplicó Tina Powell—, no se ponga así. No hay motivo. Le aseguro que no lo hay.

—Esa voz… Esa voz… —balbuceó. En aquel momento, se dio cuenta de que el propietario de esa voz a la que aludía, estaba allí, a dos pasos de ella, mirándola a través de aquella tela negra que le cubría por entero el rostro. Exclamó, con un gemido—. ¡Oh, es usted!

—Sí, soy yo, el mismo —dijo Maxim—. Aparezco para asustarla de nuevo. Créame que lo deploro de veras… Nada tan lejos de mi intención, ni de mi deseo…

—Sufrió un accidente —resumió Roy Stanley, con el tono serio que requería el momento—, y eso es todo.

No tiene usted por qué imaginar cosas del otro mundo. Son desgracias de éste, que pueden suceder desgraciadamente, a cualquiera.

Margaret Turner se esforzó por serenarse, por controlar su sistema nervioso.

—Le ruego que… que me… me disculpe —acertó, finalmente, a decir.

—No se preocupe —contestó Maxim Lloyd—. Me hago cargo… Perfecto cargo…

Antes de la cena, estuvieron bebiendo unos *whiskys* en la sala principal. Los sillones eran mullidos y cómodos, aunque se hallaban muy descoloridos. La lámpara central, con muchos brazos, resultaba

verdaderamente decorativa, si bien ésta, por su parte, no estaba todo lo limpia que hubiera sido de desear. La chimenea, encendida, con llamas que se movían como en una danza de extraño significado, proporcionaba, un grato y cálido calor. Respecto a la chimenea, no había posible objeción; era lo mejor y lo más aseado de la estancia.

La cena constó de tres platos.

Sin embargo, a Margaret Turner no le pasaba bocado, y resultaban inútiles sus esfuerzos por hacer honor a lo que le servían. Le bastaba mirar aquel tenedor que metía comida a través de la tela negra, y recordar aquella enloquecedora aparición, en medio de las tinieblas de la noche, para sentir el estómago herméticamente cerrado.

Tampoco Tina Powell sentía apetito, ésta es la verdad. Pero su caso era distinto, pues ella no podía imaginar, ciertamente, ni con mucho, todo el horror que se ocultaba tras aquella capucha.

El que cenó enteramente a gusto fue Roy Stanley. Desde luego, se comportó con una naturalidad verdaderamente elogiable.

Aún no se habían acostado, cuando sonó el aldabón de la puerta. De la puerta principal, pues había otra que daba a la parte trasera del viejo caserón.

Poco después, se presentaba allí el teniente Mason, un hombre de mediana edad, corpulento, que apenas entró en la casa, bufó:

—¡Vaya un frío de todos los demonios!

Venía acompañado del doctor Bartrey, un hombre de unos cuarenta años, de frente despejada, irreprochablemente vestido.

Había sido éste quien había encontrado el cadáver de Loretta. Iba con su coche por la carretera, cuando le pareció ver algo anormal. Se apeó, se acercó a aquel árbol que había llamado su atención, y se encontró con la infortunada prostituta, que hacía ya rato que estaba muerta. Se fue directo a comunicar el hecho al teniente Mason.

Cuando el teniente y el doctor se adentraron en la sala, estancia en la que ahora volvía a estar el dueño de la casa y sus tres inesperados visitantes, eran las doce de la noche, exactamente. El reloj de la chimenea acababa de desgranar las correspondientes campanadas.

Margaret Turner había pestañeado.

El doctor Bartrey era el hombre que le había llevado en su coche hasta aquella casa de las afueras. Aquella casa, con todas las trazas de estar abandonada, sobre la cual le bastó echar una ojeada, para estremecerse hasta lo más hondo de su espina dorsal.

* * *

—El caso de la muchacha llamada Loretta, de profesión prostituta, está claro… —dijo el teniente Mason—. Apenas me he enterado de su muerte, he recelado ya de su marido, que fue condenado hace dos años, a seis de prisión… Pero, claro, si estaba en la cárcel, no podía ser él… De todos modos, poco han durado mis dudas. El propio director de la prisión me ha telefoneado; de eso hará apenas una media hora. Richard Mann, me ha comunicado, se ha escapado de la prisión esta misma mañana, resultando enteramente inútiles e infructuosos los intentos por darle caza. Le han tenido acorralado; de ello que hasta última hora hayan confiado en dar con él. Pero, finalmente, se les ha ido de las manos. De lo que se seduce, con una claridad absoluta, claro está, que ha sido él el asesino. Ya quiso matarla en otra ocasión, cuando se enteró que le traicionaba… —Y se entretuvo en pormenores, que sus oyentes desconocían.

No así Margaret Turner que, como amiga y compañera de la muerta, se sabía todos sus pequeños secretos.

—He venido aquí —comunicó seguidamente el teniente Mason —, guiado por el temor de que ese tal Richard Mann hubiera podido pedir cobijo bajo este techo, lo que hubiera entrañado, indudablemente, un evidente riesgo para sus ocupantes. Es que ésta es la casa más cercana al lugar del crimen. Bueno, hay otra más cercana aún, pero está abandonada, no vive nadie —se volvió hacia el doctor Bartrey—. ¿No sabe usted, doctor, a quién pertenece?

—En absoluto. Ni idea —respondió éste, imperturbable.

Margaret Turner no supo si debía hablar o si, por el contrario, debía callar. Optó por esto último, presintiendo que iba a salir mal librada, si se metía en más líos.

Se alegró de haberlo hecho así, cuando sintió sobre ella, poco después, la mirada fría, gélida, del doctor Bartrey. Era una mirada que más o menos venía a decir: «De haber hablado, te hubiera estrangulado con mis propias manos».

—En fin —resumió el teniente Mason—, esto es todo lo que me

ha traído aquí. Buenas noches a todos.

Maxim Lloyd les acompañó hasta la puerta de salida, tendiéndoles a ambos la diestra.

Una diestra enguantada, lo mismo que la otra mano. También allí había anormalidades que era mejor ocultar, ahora que tenía visitas.

—Me enteré ayer —le comunicó el teniente Mason, cuando ya el doctor Bartrey se había adelantado unos pasos—. Peter salió la semana pasada del manicomio.

—Me alegro —respondió Maxim Lloyd, escueto.

—Parece que se ha recuperado enteramente.

—Mejor así.

—Nada más. Buenas noches.

—Buenas noches, y gracias por haberse molestado en llegar hasta aquí. Complace saber… —añadió, no sin cierta amargura— que aún importo a alguien.

Cuando volvió a la sala, iba pensando en Peter, en su antiguo amigo.

—Será mejor que nos retiremos a descansar —propuso al entrar en la estancia—. Deben estar ustedes muy cansados.

—Gracias por todo —dijo Roy Stanley.

—Las gracias se las doy yo a ustedes… —Y dirigió su mirada, a través de la tela negra, hacia la exuberante anatomía de Margaret Turner— por su agradable presencia.

Mientras subía por la descolorida y vieja alfombra de la escalera, a la llamativa pelirroja, que había intuido la mirada del hombre, o de la calavera viviente, como más se prefiera, le temblaban las piernas y le flaqueaban alarmantemente las rodillas. Se tuvo que coger a la barandilla para así afianzar sus pasos.

—¿Se han dado cuenta…? —preguntó, ya arriba, en el pasillo, a Roy y a Tina—. Tiene una voz espantosa, horrible, que sugiere… sugiere… sugiere…

—¿Qué? —preguntó Roy Stanley.

—El filo de un cuchillo recién afilado. Por lo que tiene de cortante e hiriente…

—Está demasiado impresionada —dijo Roy—. Vaya y descanse. Le hace falta.

—Sí, quizá tenga razón —admitió.

—Buenas noches —se despidió Tina.

—Hasta mañana —le sonrió Roy.

Al día siguiente, cuando Roy Stanley y Tina Powell se levantaron y descendieron la alfombrada escalera, se encontraron con que la pelirroja estaba ya abajo, hablando con el dueño de la casa.

Éste seguía cubriéndose la cabeza, el rostro, con aquella tela negra, donde sólo aparecían tres agujeros, tres cortes, más bien. Dos para los ojos, uno para la boca.

Pero, qué duda cabe, era preferible que no se mostrara al natural. Así resultaba todo mucho más tolerable. La prueba es que incluso Margaret Turner, ahora, parecía haberse sobrepuesto a su terror del día antes, a su histerismo inicial.

La vieron, incluso, sonreír…

Lo que, sin embargo, no les hizo sospechar lo que iba a suceder instantes después.

Algo que, en otras circunstancias, no hubiera tenido, desde luego, nada de extraordinario, pero que, tratándose de Maxim Lloyd, tuvo forzosamente que dejarles perplejos.

Sucedió, no obstante, de la manera más natural y sencilla del mundo.

Se estaban ya despidiendo cuando la mano enguantada de Maxim Lloyd retuvo la de Margaret Turner. La retuvo un segundo, dos, tres, hasta que la situación se hizo insostenible. Entonces su voz, a través de la tela negra, murmuró quejosamente:

—Quédese usted… Por favor, quédese… —Y muy bajo, para que sólo ella le oyera, aunque lo oyeron todos—. Estoy dispuesto a darle todo lo que poseo…

La pelirroja no se sorprendió demasiado. Esto es lo cierto. Ducha en conocer a los hombres, se diría que casi estaba esperando aquellas palabras.

Respondió:

—Bien, si se empeña…

CAPÍTULO IV

ROY STANLEY se reunió, lo antes posible, con aquel cliente. Se trataba de un caso complicado. Por eso, la agencia de seguros le mandaba a él, consciente de que, al así hacerlo, enviaba a su mejor hombre.

Pero el caso, afortunadamente, quedó solucionado muy pronto. Lo que significó que Roy Stanley pudo concederse a sí mismo un poco de tiempo. En consecuencia, fue en busca de Tina Powell. Antes de separarse de ella, le había pedido su dirección.

La encontró, en efecto, en la casa de la amiga a la que había ido a visitar a Susseng, Donna Allen. Una muchacha morena, muy agradable, que se había casado con el propietario de una tienda de comestibles.

Una joven y simpática pareja que, al llegar él, se deshizo en amabilidades. Le hicieron pasar a la trastienda, donde tenían situado el comedor, muy decorosamente amueblado.

Le sirvieron un *whisky*, y le invitaron a almorzar. Tina les había hablado ya mucho de él.

Luego, conversando, resultó que el marido de esa amiga, que se llamaba Anthony Mitter y era alto, corpulento, de aspecto saludable, había tenido como dependiente de su establecimiento a Richard Mann, el esposo de Loretta.

—Desde el principio, comprendí —había de decir Anthony Mitter, poco después— que mi dependiente, Richard, y Loretta, iban a acabar mal… Richard era celoso como un demonio… Siempre recordaré su expresión de aquel día, cuando me dijo que sería capaz de matar a su esposa, si le traicionaba, pero que, de matarla, no lo haría de un modo sencillo, se recrearía, se ensañaría en su crimen…

—Sin duda, se refería —repuso Donna Allen— a una muerte como la que ha acabado dándole.

—Sí, supongo —asintió Anthony Mitter—. Pero ¡por Satanás!,

¿de dónde habría sacado ese látigo…? Cuyo nombre exacto es escorpión, según tengo entendido…

—Sí —repuso Donna Allen—, por lo menos eso ha dicho el teniente Mason.

—Quien, por lo que veo —añadió Anthony Mitter—, no se está luciendo mucho. No acierta a dar con él.

—Sabe que ha huido de la cárcel —apuntó Donna Allen— y que debe andar solo y sin cobijo de un lado para el otro. Quizá sea bastante para, finalmente, darle caza.

—Les sugiero —intervino Roy Stanley— que por las noches no abran la puerta sin asegurarse antes de quién llama.

—¿Cree usted, acaso…? —Se atragantó Donna Allen.

—Si no sabe adónde ir, y si tiene hambre y frío, puede recordar que antes trabajaba aquí.

—Pero Richard me conoce y sabe que soy un hombre que estoy estrictamente al lado de la ley —barbotó Anthony Mitter—. No, no creo que se le ocurra semejante disparate.

—Esperémoslo así —musitó Tina Powell, que a partir de entonces ya no iba a sentirse tan segura bajo aquel techo.

Pero, bien mirado, todo eso sólo fue una conversación.

No había que darle más importancia de la que en realidad tenía.

Aquel mismo día, Tina Powell salió de paseo con el atlético Roy Stanley, esforzándose por mostrarse encantadora. Aunque para hacerlo así no le hacía falta afanarse mucho.

Desde luego, Roy le gustaba, y ella le gustaba a él.

Sin embargo, Roy Stanley recibió una llamada telefónica de su jefe y entonces no le tocó otro remedio de dejar Susseng. Quien paga manda y su jefe le pagaba muy bien.

—Pero volveré así que pueda, Tina… —le dijo él—. ¿Seguirás aquí, en Susseng?

—Estaré hasta final de mes.

—De acuerdo.

Antes de separarse, le dio un beso. Ella ya se lo esperaba. Roy Stanley tenía aspecto de no intimidarse ante nada, menos aún ante una mujer. Estaba claro, tenía mucha práctica en tratar al sexo femenino.

A ella le gustó su beso y entonces Roy se propuso repetir. Pero Tina le cortó.

—Al regreso.

—Adiós, monada —sonrió él, y se resignó, más por prisas que por nada, a dejar para el regreso las nuevas caricias.

Pero lo cierto es que, cuando volvió, dejó de pensar en Tina Powell. Bueno, no es que dejara de pensar en ella, no era eso exactamente. Lo que sucedió fue, simple y llanamente que, así que llegó a Susseng y se dirigió a la fonda, le comunicaron, sin pérdida de tiempo, que alguien deseaba hablar con él.

—¿Conmigo? —se extrañó.

—Sí, con usted —le ratificó el dueño de la fonda, un hombre de edad indefinida, cuya cabellera entrecana parecía la de un león—. Le está esperando.

Le indicó la estancia. Era pequeña, tosca, sólo con un par de asientos y una mesa en el centro. Pero para hablar discretamente, no estaba mal.

Al adentrarse allí, Roy Stanley quedó un poco sorprendido. Por descontado, no lo demostró. Él no solía exteriorizar sus sensaciones. Era su sistema.

—Hola… —le saludó Margaret Turner.

—¿Usted? —inquirió.

—Sí.

Entonces se dio cuenta de lo ojerosa que estaba, de lo mucho que se había adelgazado, de la mala cara que hacía.

—¿Le sucede algo? —quiso saber.

—Me temo que sí.

—Si está aquí, supongo que es porque desea hacerme partícipe de sus inquietudes, de sus zozobras, ¿no es eso?

—Exactamente —reconoció—. Pero ¿cómo sabe que se trata de eso, de zozobra, de inquietudes…?

—No sé nada. Pero no tiene usted buen aspecto.

—Sí, ya lo sé.

—Bueno, hábleme. Pero ¿por qué me ha elegido a mí, precisamente a mí? Si puedo saberlo.

—Necesito de un hombre valiente —lo dijo sin vacilaciones, sin ambages—. Y usted tiene cara de serlo, y con holgura.

—Gracias.

—¿Acaso no lo es?

—Sinceramente, nunca me he tenido por cobarde.

—Pues bien, de un hombre como usted, necesito urgentemente. O mejor expresado, desesperadamente… ¿Sabe? Me siento como metida en un pozo de sapos.

—Nunca he estado en un pozo así —dijo Roy Stanley—. Dígame lo que se siente ahí dentro. Así estaré mejor documentado al respecto.

—Creo que es mejor que empiece por el principio.

—Yo voy a empezar por cerrar la puerta.

—¡Oh, sí! —Y reconoció—: Estoy tan nerviosa, tan alterada, que no me daba cuenta de que alguien podía pasar y oírnos.

—Ya está cerrada. Dígame lo que sea.

Margaret Turner se desplomó en uno de aquellos dos asientos, en el que tema más cerca. Sólo después de hacerlo así, acertó a levantar la cabeza y alzar hacia Roy sus ojos verdes.

—Me he casado con Maxim Lloyd —dijo.

Roy Stanley no replicó nada. Con cara inexpresiva, quedó a la espera de que fuera ella quien siguiera hablando.

—¿Lo sabía? —le preguntó seguidamente Margaret Turner.

—No.

Sólo esta breve respuesta.

—Pues sí, me casé con Maxim el otro día. Quizá usted no lo comprenda, quizá no lo comprenda nadie… —Acto seguido, se dilató en consideraciones sobre lo que había sido su vida desde los catorce años, desde que iba por las calles de un lado a otro. Era como si, ante todo, quisiera justificarse—. Después de tanto lodo, de tanta suciedad, quedarme en el caserón junto a Maxim Lloyd, no me pareció tan horrible… Horrible, sí, claro —confesó—, pero ya no tanto… Me dijo que todo lo que poseía sería mío, no sé si usted la oyó… Sí, pese a todo, aquella proposición la consideré una oportunidad…

Se detuvo. Pero prosiguió enseguida, casi con precipitación. Como si le urgiera decirlo todo de una sola vez.

—Cuando me propuso casarse conmigo y hacer testamento a mi favor, todo lo vi aún mejor… Significaba un hogar, una casa, una estabilidad de la que hasta entonces había carecido… En realidad, ¡yo podía esperar ya tan poco de la vida! Sí, nos casamos… Y todo fue bien hasta que aparecieron sus tíos…

—¿Sus tíos? —preguntó Roy Stanley.

—Tío David y tío Oliver, y Ann, la esposa del primero.

—¿Qué pasa de malo con ellos?

—Aparentemente, todo bueno… Se ve que han tenido mucha suerte en los negocios y han amasado una buena fortuna, tanto es así que se han acordado de su sobrino, Maxim, y le han puesto en el Banco a su nombre treinta mil libras.

—Una friolera. No creo que eso le disguste a usted… —apuntó Roy.

—Todo lo contrario, como es natural. Pero hay algo en ellos, en los tres, que me inquieta, que me altera, que me llena de zozobra… Es como si encubrieran algo, no sé qué… Es como si, bajo su apariencia puramente amable e inofensiva, escondieran una inconfesable alevosía y una terrible crueldad. No sé decirle más, pero la verdad es que me encuentro muy asustada.

—Asustada, ¿de qué? Concréteme.

—Ya se lo he dicho. De ellos tres, o tal vez sólo de uno de ellos, no sabría especificárselo. Lo único cierto, concreto, es que desde que han aparecido en el caserón, allí dentro se masca la… la…

—¿La qué? —volvió a inquirir Roy.

—La muerte —dijo Margaret Turner—. La MUERTE, con mayúsculas, para que mejor me entienda.

—Sus palabras dan la sensación de absurdas.

—Sí, ya lo sé —asintió—. Pero no lo son. Cada vez estoy más convencida de ello. Aunque quizá el culpable de esa sensación mía, no sean ellos, en realidad… —Le hizo saber, tras una corta vacilación.

—Ahora la entiendo aún menos.

—Al poco de llegar tío David, su esposa Ann y tío Oliver, llegó asimismo al caserón un antiguo amigo de Maxim… Se llama Peter… Es alto, delgado, y tiene ojos de loco… Bueno, al menos eso pensé yo al conocerle. Quizá, pues, esa sensación de muerte que yo olfateo y masco, emerja de él, de ese Peter… Como llegaron los cuatro al mismo tiempo, me resulta difícil precisar… ¿Me comprende usted, señor Stanley? —preguntó por último.

—Más o menos. Pero, bueno, ¿qué es exactamente lo que pretende que yo haga por usted? Yo me encuentro al margen de toda esta historia.

—Deseo que vaya al caserón, que permanezca allí unos días, y

que acierte a defenderme de… de… esa muerte que está sacando ya su guadaña. Es como si viera su siniestra sombra… Le pagaría por sus servicios, naturalmente… Lo que usted me pidiera.

—Pero ¿con qué motivo, con qué excusa, podría yo pasar unos días en el caserón…? —Y lo cierto es que a Roy Stanley empezaba a gustarle la idea.

Siempre le habían atraído los asuntos poco claros. Cuanto menos claros, tanto mejor…

Lo mismo que los jeroglíficos.

Así, descifrarlos, resultaba un placer mayor.

* * *

Tardaron poco en quedar de acuerdo.

Roy y Tina irían al caserón con un regalo de boda. Algo sencillo, que apenas valiera la pena, pero que no dejaría de ser un detalle digno de agradecerse. Enterados de la unión efectuada, no habían querido alejarse de Susseng, sin antes desearles toda la felicidad del mundo.

Margaret Turner, entonces, les invitaría a pasar allí unos días. Insistiría en recuerdo de aquella noche en que se conocieron. Ellos terminarían aceptando tan amable invitación.

Eso sería todo.

Y así lo hicieron, sin que, ciertamente, surgieran complicaciones de ninguna índole.

Sólo hubo, en principio, algunos peros por parte de Tina. No terminaba de comprender el porqué de todo aquello. Se puso pesada y Roy Stanley tuvo que explicarle de qué se trataba. Desde luego ya tenía la intención de decírselo; así estaría más al tanto de lo que pudiera suceder.

—Y si en todo este lío de ahora estuviera metido Richard Mann, el marido y asesino de Loretta… —Se le ocurrió sugerir a Tina.

Pero debió sugerirlo porque sí, sin analizar apenas lo que decía, sin tomárselo enteramente en serio, porque se quedó con la piel de gallina cuando Roy Stanley le respondió:

—Mira por dónde, ¡qué casualidad!, en lo mismo estaba pensando yo.

CAPÍTULO V

ACABABAN de ver las alcobas que les habían sido destinadas. Una frente a la otra, separadas por un pasillo de metro y pico de anchura. Dos estancias amplias, bien amuebladas, donde, eso sí, todo resultaba demasiado viejo.

Lo mismo que el resto del caserón.

Maxim Lloyd les había recibido, cubierto con la tela negra que, por lo visto, claro está, llevaba de contínuo. Una tela que seguía ocultando el horror de aquella cabeza que no era más que una calavera… Margaret se había afanado por mostrarse simpática, ocultando su agitación, su nerviosismo.

Ahora, Roy Stanley y Tina Powell ya estaban allí, tras haber aceptado la invitación recibida.

Y Roy pensó que había llegado el momento de empezar a husmear, si es que deseaba llegar lo antes posible a alguna acertada deducción. Cabía suponer, claro, que Margaret Turner estuviera equivocada y que ningún riesgo, ningún peligro, se cerniera sobre ella ni sobre ninguno de los habitantes del caserón.

Pero, desgraciadamente, pronto pudieron comprobar que pensar así era pecar de ilusos.

Se oyó que la vieja criada, delgada, enjuta, con el cabello recogido en un moño, siempre con su delantal a cuadros, gritaba con todas sus fuerzas.

Había gritado al entrar en la sala principal. Allí, de la lámpara central, con muchos brazos de forma decorativa, pendía el cadáver de Ann, la esposa de David.

Un cadáver que aparecía con las ropas desgarradas, casi desnudo y con toda la epidermis llena de terribles hematomas. Una epidermis que se veía oscura, morada, casi negra. También había sangre, que había chorreado y ahora manchaba el suelo. Saltaba a la vista, pues, que había tenido la misma muerte que Loretta.

Se reunieron allí, en pocos segundos, los ocupantes de la casa. Ocho en total.

Roy Stanley les miró detenidamente uno a uno…

Y quieras que no, retuvo su atención en aquel antiguo amigo de Maxim Lloyd, que se llamaba Peter y que, en efecto, era alto, delgado, y tenía cara de loco…

—¿Quién ha podido hacer esto? —gimió la criada—. ¡Qué espanto! ¡Qué horror!

—Avisa inmediatamente al teniente Mason —dijo el dueño de la casa.

—Sí, señor —acató, dejando de gimotear.

Optaron por permanecer juntos en la biblioteca, mientras esperaban al teniente Mason. Pero los nervios se habían adueñado de todos ellos. Lo que no resultaba de extrañar.

Quizá, por eso, tampoco resultó insólito que Peter, posiblemente el más excitado de todos, exclamara de pronto:

—¡Si piensan que he sido yo, se equivocan! ¡Se equivocan lamentablemente! Yo estoy ya del todo restablecido. Que haya salido de un manicomio no quiere decir nada.

—Ni nadie ha dicho nada —repuso la voz de Maxim Lloyd, que sonó extrañamente calmada.

—Sufrí un *shock*, una fuerte crisis, pero eso fue todo, todo… —afirmó Peter—. Nunca he estado loco.

—Claro que no —dijo Maxim—. Tranquilízate.

—Por lo demás, procedí de aquel modo porque estaba borracho y no sabía lo que me hacía. De lo contrario, no lo hubiera hecho… Siempre te he apreciado mucho, Maxim.

—No lo dudo.

—Pero ahora vendrá el teniente Mason —sus nervios iban en aumento— y sospechará de mí. Y yo no tengo nada que ver con este crimen… Ni con el de Loretta… Se llamaba Loretta aquella muchacha, ¿no? Lo he oído decir…

—Sí, así se llamaba.

—¡En mala hora he vuelto a esta casa! —barbotó—. ¡O mejor, en mala hora he decidido quedarme unos días aquí!

Y esto era, más o menos, lo que daba la sensación de estar pensando todos los que se hallaban allí. Desde luego, no resultaba nada agradable encontrarse en aquella coyuntura.

Además, parecía lógico suponer que el asesino era uno de ellos…

Pero no, el asesino pudo entrar del exterior. La vieja criada no tardó en hacerles saber que había encontrado entreabierta la puerta que daba a la parte posterior del caserón.

—¿Usted la había cerrado? —le preguntó Roy Stanley.

—Sí…, creo que sí… —vaciló la sirvienta—. Pero no estoy segura… A veces, es fácil tener un descuido…

—Sí, claro —admitió Roy. Quien a continuación, ante todos ellos expuso—: De todos modos, la víctima no ha muerto en esta casa… La han matado fuera…

—Los hematomas que cubren todo su cuerpo —apuntó Peter— hacen inevitable suponer que al igual que Loretta…

—Sí, claro; eso sí —dijo Roy Stanley—. Por eso, precisamente, Ann debió gritar antes de morir, como gritó Loretta. Y sus alaridos, porque debieron ser auténticos y horrendos alaridos, hubieran sonado en toda la casa… Sin embargo, nadie la ha oído… De lo que se desprende, por tanto, que fue sorprendida lejos de aquí… El asesino pudo, pues, recrearse tranquilamente con su muerte y su mutilación…

—¿A dónde quiere ir a parar? —preguntó David, el marido de la infortunada.

—Para mí —sentenció Roy Stanley— que el asesino quiere hacernos creer que es Richard Mann… Sí, eso exactamente… Y para corroborarlo, mata del modo y de la forma que él mató… Una forma y un modo, convengamos, original… Así, cuando a Richard Mann le detenga la policía, pagará por todo a la vez. Una buena solución para el asesino, ¿no creen ustedes?

—Su teoría no me convence —dijo Oliver—. Me inclino más por suponer que es, en efecto, ese Richard Mann el hombre que ha acabado con la vida de mi pobre cuñada.

Debe tratarse de un paranoico, de un esquizofrénico… Después de matar a su esposa como lo hizo, quizá sienta la precisión, la necesidad, de seguir matando con igual técnica… No sería un caso único.

—Al teniente Mason le corresponde esclarecer el caso —repuso Maxim Lloyd.

—Eso digo yo —intercaló Margaret Turner que, al poco,

disimuladamente, miró a Roy.

—Esperemos que el teniente Mason acierte a sacar conclusiones —dijo a su vez Tina Powell, a quien no le gustaba nada el cariz que había tomado todo aquello.

—Debe hacer algo más que eso —afirmó David, el hombre que acababa de quedarse viudo—. ¡Debe detener al asesino!

—Lo hará —replicó Maxim Lloyd—. No lo pongas en duda, tío. El teniente es un hombre listo.

Roy Stanley no pensó eso de él; cuando llegó y ante los hechos, sentenció… El asesino era Richard Mann y aquél, su segundo crimen.

Oliver echó una mirada casi retadora a Roy Stanley. «¿Lo ve…? —Parecía decirle—. Da la razón a mi teoría, no a la suya…». Pero Roy Stanley se quedó tan tranquilo.

Al poco, por lo bajo, decía a Peter:

—Dese cuenta, el teniente Mason no ha desconfiado en absoluto de usted.

Quería ver cómo reaccionaba.

—Está disimulando… —contestó el aludido, con el ceño fruncido, apenas conteniéndose—. Sí, que desconfía de mí…

—Usted sufrió un *shock*, una crisis… Usted mismo lo ha dicho apenas hace unos instantes… ¿Qué le sucedió, en realidad? Si no le molesta mi curiosidad, que le aseguro que no tiene nada de malintencionada.

Peter tenía ganas de desahogarse. La pregunta, pues, no podía estar hecha en un momento más oportuno.

—Después de aquel viaje por tierras africanas —explicó Peter—, cierto día, Maxim reunió aquí a algunos de sus amigos… Yo, y otros… Yo bebí demasiado y borracho como estaba, sentí la morbosa curiosidad de arrancar la tela negra, el capuchón con el que Maxim cubría su cabeza… Desde que había vuelto del viaje, la tela negra siempre le había protegido… En fin, así que surgió el armazón de los huesos de su cabeza despojados de carne y piel, una auténtica calavera, pero con ojos… ¡oh!, fue tan espeluznante, tan aterrador… Tuve que salir de aquí con camisa de fuerza…

—Comprendo.

—Pero me he sobrepuesto a aquel horror y ahora estoy ya completamente restablecido… —No obstante, vio como el teniente

Mason le miraba, y de nuevo se desbordaron sus nervios. Se puso a alzar la voz—: ¡Sí, estoy perfectamente! ¡Ya no volvería a sucederme lo mismo! Ya no… —Y mirando a su alrededor, a todos —: ¿Quieren que lo demuestre?

Dio unas decididas zancadas hacia Maxim Lloyd y en un gesto decidido, brusco, le arrancó el capuchón. Como ya lo hizo otra vez. La tela negra quedó en sus manos como un sudario de muerte.

Al ver de nuevo aquella calavera viviente, más de uno lanzó una exclamación de horror, de espanto. El espectáculo no daba ciertamente, para menos.

Pero la terrible visión duró poco. Maxim Lloyd salió corriendo de la estancia y subió velozmente la escalera que conducía al piso.

—¿No vas con él…? —preguntó David, dirigiéndose a su pelirroja esposa.

—No me atrevo… —confesó Margaret Turner.

Tampoco se atrevía a mirar al doctor Bartrey, que había llegado al caserón, acompañando al teniente Mason. Desde hacía bastante rato, permanecía en silencio.

Pero Roy Stanley se propuso sacarle de su mutismo.

Le bastó que Margaret Turner se le acercara lo más disimuladamente posible y le explicara en qué condiciones le había conocido y tratado, para que comprendiera la necesidad de hacerle hablar en uno u otro sentido. Quizá no estuviera tan al margen de todo aquello como pudiera parecer a primera vista.

Sin embargo, el doctor Bartrey no era un hombre fácil de llevar por donde uno quisiera.

—Esa ramera ha soltado la lengua, ¿eh? —No tardó en expresarse en estos términos, tras hacer un gesto de infinito desprecio—. Y claro, ahora viene usted a ver qué me sonsaca. Pues entérese, no hay nada que averiguar… Simplemente, no quiero que mi esposa llegue a enterarse de que de vez en cuando…

Roy Stanley no se inmutó en absoluto, ante su arrebatada y precipitada respuesta. Y se limitó a preguntarle, como la cosa más natural del mundo:

—¿Conocía usted a Loretta?

—No tengo por qué responderle. Usted no es policía.

—¿La conocía…? —inquirió de nuevo—. Si reconoce que de vez en cuando… Loretta se dedicaba a lo mismo que Margaret Turner…

—Pero ésta ha acabado casándose con…

—… con una calavera viviente, —concluyó Roy Stanley—. Un ser del que, en principio, no podemos fiarnos. Es un ser anormal. Puede que su anormalidad sólo radique en su apariencia, pero puede ser, no obstante, que la lesión sea mucho más grave, mucho más profunda…

Sensatamente, hemos de admitir esa posibilidad… En realidad —resumió—, es un caso clínico, que los doctores no entienden… ¿Acaso usted, como tal, sí lo entiende?

—No, no comprendo cómo Maxim Lloyd pueda vivir en sus condiciones —dijo el doctor Bartrey—. Es algo insólito.

Les fue imposible seguir hablando. Se les acercó David. Éste dijo, tras un carraspeo:

—Discúlpenme… —Y luego, dirigiéndose a Roy—. ¿Podría hablar un par de minutos con usted, señor Stanley?

—Desde luego.

Se alejaron de los demás.

Y Roy Stanley, anticipándose a lo que pudiera decirle David, le hizo saber:

—Le recuerdo a usted… A usted y a su hermano Oliver… Les vi en una taberna, a la que entré a tomar un *whisky*. Estaban allí, en una mesa apartada, hablando…

—Sí, es cierto —asintió David.

—Lo que no comprendo —Roy Stanley tenía curiosidad y precisión, ambas cosas, por averiguar el porqué de ello— es que tardaran tanto en llegar aquí, a este caserón propiedad de su sobrino Maxim… Sé, por su propia esposa, que tardaron aún varios días en presentarse… Cuando llegaron, Maxim ya se había casado… ¿Es eso cierto?

—Sí —reconoció—. La verdad es que teníamos reparos en presentarnos. Nos lo estuvimos pensando… Un día, y otro, hasta que finalmente nos decidimos…

—Prosiga.

—Para eso deseo hablar con usted, para explicárselo. Me parece usted un joven decidido, honrado, de ideas claras, de acción, y creo que necesito de su colaboración.

Todo esto me tiene muy alarmado, ¿sabe? No sólo porque han matado a mi pobre esposa Ann, sino porque presiento que a su

muerte, van a seguir otras.

—¿Otras? —inquirió.

—Me refiero a mi hermano Oliver, y a mí mismo…

—¿Algún motivo especial motiva su presentimiento? Estoy convencido de que sí.

Le refirió lo sucedido en aquellas tierras africanas. No omitió nada.

—¿Comprende?

—No.

—Quizá Maxim se ha enterado de que, por culpa de Oliver y mía…

—Entonces, ¿sospecha que ha podido ser Maxim quien haya asesinado a su esposa?

—Mi esposa no tenía enemigos, era muy buena con todos. Sólo me cabe pensar eso.

—Pero para eso… alguien tuvo que decirle a Maxim la verdad. ¿Y quién pudo ser, si sólo lo sabían ustedes tres?

—Estoy asustado.

—Me parece que lo están todos.

—Sí, quizá demasiado asustados. Bueno, puede que tenga razón mi hermano Oliver, y haya sido ese Richard Mann, un paranoico, un esquizofrénico, quien…

Entre tales conjeturas y divagaciones, se oyó, de pronto, la voz de Maxim Lloyd:

—¡Margaret! ¡Sube inmediatamente!

Vociferaba en lo alto de la escalera, con las manos crispadas sobre la barandilla. Volvía a mostrarse con el rostro cubierto.

—Ya voy… —contestó Margaret Turner, aunque casi sin voz, y miró a Roy Stanley como una condenada a muerte, antes de subir los trece peldaños del cadalso.

* * *

Hacía más de una hora que Margaret Turner había subido aquellas escaleras, desapareciendo tras la puerta del aposento conyugal. Una puerta que, desde entonces, permanecía cerrada.

Desde entonces, asimismo, todo era silencio en el piso.

No así en la planta baja, donde unos y otros hacían cábalas más o menos sensatas, más o menos disparatadas, sobre lo que pudiera estar sucediendo entre el matrimonio.

—Debieras intervenir, ¿no crees? —inquirió Tina Powell a Roy —. Ella fue la que te pidió que vinieras…

—No creo que le esté sucediendo nada malo —contestó el joven —. Hay demasiado silencio. Además, ¿no está aún aquí el teniente Mason…? A él le corresponde tomar decisiones, no a mí. De todos modos, estoy contigo, Tina… Sólo esperaré un poco más…

Les doy diez minutos de tiempo para comparecer de nuevo. De no hacerlo así…

—Señor Stanley… —Se les había acercado Peter—, estoy verdaderamente consternado. Todo ha sido por culpa mía, ¿no es cierto? —Y en efecto, su expresión no podía ser más pesarosa, más contrita.

—En parte, al menos, sí —convino Roy.

—Sí, claro —admitió—. He estado francamente mal… No, no sé cómo he podido perder los nervios de una forma tan deplorable, arrancándole la tela negra, ante todos…

Ahora ya no creo que me perdone nunca… Sin embargo, yo he venido a esta casa para ser nuevamente su amigo, créame usted…

—Le creo —dijo Roy Stanley.

—Pero he reincidido por segunda vez en lo mismo… No, seguro que ya no me perdonará nunca. Será mejor que me vaya de aquí y que no vuelva a verle en la vida.

—Eso dependerá, tal vez, del teniente Mason, Ha habido un crimen —le recordó—. Posiblemente le llame para declarar. En tal caso, no me extrañaría que coincidieran, que volvieran a verse…

—Llamarme a declarar, ¿a mí? —Se mostró asombrado. Parecía haber olvidado que, poco antes, había dado por descontado que iban a desconfiar de él—. No comprendo…

Yo no tengo nada que ver con esa muerte.

—No, claro.

—No conocía, siquiera, a la señora Ann, aunque había oído hablar de ella; era por lo visto, una buenísima persona. ¿Por qué iba a matarla? Suponer eso carecería de sentido.

—Sí, claro.

Pero Roy Stanley no le quitaba la mirada de encima. Se veía que quería leer en sus pensamientos. Lo más hondo y profundo que le fuera posible.

—¿Desconfías de él? —le preguntó Tina Powell, así que

volvieron a quedarse nuevamente solos en aquella esquina de la estancia.

—Desconfío de todos.

—Una medida prudente. Si hay un asesino entre nosotros, el juego se ha puesto peligroso… Ahora bien, puestas así las cosas, ¿no sería una buena medida de prudencia que nos largáramos…? Tú y yo, ¿qué hacemos aquí? Bien mirado, sólo estamos metiéndonos donde nadie nos llama.

—Nos ha llamado Margaret Turner.

—Bueno, eso sí. Pero quiero decir que no es un asunto nuestro y ya se sabe, donde no se gana lo más fácil es perder… A mí, sinceramente, todo esto me encoge la piel.

—Si quieres, puedes irte. Pero yo me quedo, Tina; mi puntillo ya no me concede otra alternativa. Además, le he prometido a Margaret Turner que la ayudaría y debo hacerlo.

No sería honrado dejarla ahora, cuando más, evidentemente, me está necesitando.

—Tiene razón, Roy —asintió ella—. He sido una egoísta, expresándome como lo he hecho. Por descontado —sonrió—, no me voy, no te dejo solo. De algo, quizá, puede servirte, ¿no te parece?

—No lo dudes —y Roy Stanley le devolvió la sonrisa, mientras pensaba que era la chica más encantadora que había conocido.

CAPÍTULO VI

SE abrió la puerta que daba al patio, frente al mismo hueco de la escalera, y salió Maxim Lloyd. Era aquélla la habitación conyugal, la que hasta entonces había permanecido con la puerta cerrada.

Desde abajo, desde la biblioteca, todos oyeron el ruido de la puerta. Estaban expectantes, a la espera de tal hecho, así que no pudo pasarles desapercibido.

Maxim Lloyd descendió lentamente la escalera. Ya no parecía nada excitado.

—Señor Stanley… —llamó, apenas hubo pisado el vestíbulo—. ¿Puede venir un momento, por favor?

Roy Stanley se le acercó. Los demás, incluidos el teniente Mason y el doctor Bartrey, quedaron apartados. Como si todo aquello no fuera con ellos.

—Estoy a su disposición —dijo Roy—. Si puedo servirles en algo, cuente conmigo. Pero antes de nada, ¿y su esposa…? ¿Acaso se encuentra indispuesta…?

—No, no es eso exactamente —repuso Maxim Lloyd, con su voz de siempre, cortante e hiriente—. Pero nos hemos disgustado y ha llorado… Las lágrimas le han enrojecido los ojos… Dice que prefiere no bajar para que no la vean fea…

Roy Stanley se estaba diciendo: «Tiene razón Margaret Turner… Su voz sugiere el filo de un cuchillo recién afilado…». Se limitó a responder:

—Comprendo.

—Aunque ella siempre está guapa, ¿no le parece a usted, señor Stanley?

—Por descontado —repuso—. Sin embargo, ya se sabe cómo son las mujeres, y si se ha quedado con los ojos un poco enrojecidos… —la disculpó—. En esas pequeñas tonterías, todas las mujeres se parecen.

—Le he pedido que se acercara, señor Stanley, para hacerle una súplica. Espero que me perdone el atrevimiento.

—Dígame, señor Lloyd.

—Así que vuelva a ver a Margaret, háblele bien de mí… La tengo asustada, ¿sabe? Lo estaba ya antes, pero ahora, con esta muerte, todo ha empeorado… Comprendo que, puestos a desconfiar de alguien, es lógico hacerlo de una persona tan anormal como yo… Pero yo, créame, no he matado a mi tía… —Y casi sin transición—. No quisiera perder a Margaret… Desde que me encapriché de Saki, nunca me había interesado tanto por otra mujer… No, no quiero perderla.

—¿Saki? —preguntó Roy, para que su interlocutor le ampliara detalles.

De los que él ya estaba al corriente por su tío David. Aun así, quería ver si la versión de uno confrontaba con la del otro.

—Me refiero a la chica que conocí en aquellas tierras africanas… —Y le refirió todo lo sucedido, absolutamente todo, aunque sin excesivos detalles—. Bueno, aquello es el pasado. Compréndame, Margaret es el presente…

—Le comprendo perfectamente. Y no se preocupe; así que la vea, procuraré ser un buen abogado a su favor.

—Le quedaré muy reconocido, señor Stanley.

Poco después, el teniente Mason se despedía. Seguía dando por descontado que el asesino de la señora Ann era Richard Mann, así que consideraba que poco tenía que seguir haciendo en aquel viejo caserón.

—Me voy con usted —dijo el doctor Bartrey, que inútilmente había esperado que Margaret Turner volviera a comparecer.

Pero lo malo fue que tampoco compareció al día siguiente. Ni por la mañana ni por la tarde. A ninguna hora.

Maxim Lloyd bajó, diciendo que su esposa no terminaba de encontrarse bien y que prefería quedarse en su dormitorio. Él mismo se empeñó en subirle el desayuno, y más tarde el almuerzo.

—Será una excusa para no acudir al entierro —opinó la vieja criada, entre dientes.

El entierro se efectuó a media tarde. Cuando una lluvia no muy fuerte, pero sí persistente, caía sobre Susseng. Todos se vieron obligados a llevar paraguas. De lo contrario hubieran quedado

materialmente calados de agua.

Mientras el cadáver era descendido al hoyo, para su eterno descanso, y mientras el día declinaba y las sombras empezaban a adueñarse del ambiente, Roy Stanley creyó ver a alguien… A alguien que no iba con la comitiva del entierro, pero que, sin embargo, no parecía querer perderse aquello.

Sin embargo, el momento no era el idóneo para lanzarse en persecución de nadie.

Además que quizá, en definitiva, no se trataba de lo que pudiera estar imaginando. Como fuera, era preferible hacer ver que no había reparado en nada.

Ya de regreso al caserón, Maxim Lloyd, con cierta mal disimulada impaciencia, se disculpó:

—Cenarán sin mí, ¿verdad? Les ruego que no me lo tomen en cuenta. Tío Oliver, haz los honores de la casa, te lo ruego…

Seguidamente se retiraba a su dormitorio.

—¿Seguirá con vida…? —preguntó Tina Powell, poco después, muy quedo, muy bajito.

—¿Quién, Margaret…? —preguntó Roy Stanley a su vez.

—Sí, a ella me refería.

—Hasta esta mañana, estaba seguro de que todo iba bien en ese sentido. Pero desde que ella se ha quedado en su habitación, sin salir para nada, con franqueza, ya no sé qué pensar… Pero no voy a quedarme con los brazos cruzados, pierde cuidado… No me dormiré, sin antes averiguar qué es lo que pasa…

Cuando todos y cada uno de ellos se retiraron a sus respectivos dormitorios, el caserón quedó en silencio. Un silencio que daba la impresión de ir a durar toda la noche.

Sin embargo, no sólo era Roy Stanley quien intentaba averiguar si a Margaret Turner le había sucedido algo.

Ahora bien, por lo que respecta a Roy y Tina, poco duraron sus dudas y la intranquilidad que pudieran sentir. Con absoluta facilidad averiguaron que la pelirroja seguía perfectamente y al parecer, de mejor humor que nunca.

Cuando Roy Stanley salió de su dormitorio, llamó débilmente, con los nudillos, a la puerta de Tina.

Ella salió. Le estaba esperando. Ya habían quedado en eso.

Cogidos de la mano se acercaron al dormitorio del dueño del

caserón y de su llamativa esposa. Pisaban sobre la alfombra, así que no hacían el menor ruido. ¿Esperaba Tina, acaso, oír ayes y quejidos? Tal vez sí. Pero lo cierto es que sólo oyeron la voz de Margaret, muy alegre, muy alborozada, que decía.

—Me haces feliz, muy feliz… ¿De veras me comprarás la pulsera de brillantes?

—Sí, Margaret —le oyeron responder a Maxim Lloyd—, te la compraré así que mis tíos se vayan. No quisiera que pensaran que hacía mal uso del dinero que me han puesto en el Banco. Pero cuenta con la pulsera. Ya es tuya.

Roy Stanley apartó de la puerta a la muchacha.

—No tenemos por qué seguir escuchando —le dijo a Tina—. Todo marcha bien por este sector. Por lo menos, de momento.

—Sí —dijo ella.

Instantes después, se despedían ante la puerta de sus respectivos dormitorios.

—Buenas noches, Tina.

—Buenas noches, Roy.

—¿Y el beso que me prometiste al regreso?

—Aquí está, te lo he estado guardando —le hizo un gracioso mohín—. Si vienes a buscarlo…

Roy Stanley no se hizo esperar.

Él nunca se hacía esperar para nada, ni siquiera para lo malo. ¡Conque para lo bueno…!

CAPÍTULO VII

PERO sí, hubo otra persona que también quiso interesarse por la «salud» de Margaret Turner. Le amoscaba enormemente que no se hubiera dejado ver durante todo aquel día.

Oliver, pues se trataba de él, salió de su dormitorio a eso de las tres de la madrugada.

Hasta entonces, prefirió no intentar nada. Quiso asegurarse de que todos estuvieran durmiendo.

A esa hora, abrió la puerta y salió al pasillo. Pero su atención, en aquel preciso instante, la acaparó un ruido que llegaba de la planta baja.

Oliver no era muy valiente, pero tampoco tenía nada de cobarde, así que optó por descender la alfombrada escalera y ver a qué se debía aquel ruido.

Ya abajo, vio entreabierta la puerta de salida.

Salió él a su vez.

No vio a nadie, pero sí las huellas de unos pasos que se perdían a lo lejos. Como el suelo estaba mojado, las huellas permanecían sumamente visibles.

Las siguió. Tenía que averiguar qué se escondía tras todo aquello. Estaba seguro de que lo conseguiría.

En esto no iba a equivocarse.

¡Pero iba a pagarlo de un modo tan horrible! ¡Con la moneda más cara, la de su propia vida!

Se detuvo momentáneamente junto a aquellas huellas, que la lluvia, que de nuevo arreciaba, estaba borrando. Pero en eso, de súbito, notó un dolor agudísimo en la nuca.

Todo le dio vueltas, todo se le fue de un lado para el otro. De arriba abajo y de abajo arriba. Luego sintió que se le doblaban las rodillas y que se iba hacia el suelo como un saco.

No tardaría en volver en sí.

Al menos a Oliver le causó esa impresión, muy relativa, por otra parte.

Pero al recobrar el conocimiento, tuvo que maldecir, y maldijo, el haber nacido. Tuvo que maldecir de su suerte. Comprendió cuál iba a ser su final. No, no hacía falta ser muy listo para eso.

Estaba amarrado a un árbol, con gruesas cuerdas. Como en otra ocasión lo estuviera Loretta y como, quizá, también lo estuvo su cuñada Ann…

No podía moverse. Ni poco ni mucho. Le habían atado de pies y de manos. A conciencia.

Frente a él, estaba su asesino…

Con la mirada alucinante, demoníaca, mostrando en su diestra el látigo, el azote de cadenas… ¡El escorpión…! Su diestra lo sujetaba con aterradora y monstruosa ferocidad…

—¡No! ¡Nooooo…! —exclamó.

Un pavor tan espantoso se había adueñado de su ser, que el temblor que le cogió, como si le estuviera dando un ataque de epilepsia, sólo fue un tenue exponente de lo que estaba sintiendo.

—No puedes evitarlo. Estás sentenciado…

Viendo que el azote se alzaba en el aire, Oliver inició un grito, un chillido, un alarido…

Pero el escorpión, con sus diversas cadenas, impulsadas por una fuerza demoledora, cayeron sobre su boca… En un choque brutal, terrorífico, espeluznante…

Los labios le quedaron aplastados. Sus dientes y muelas saltaron, hechos añicos. El grito murió, casi antes de nacer.

De nuevo se alzó el siniestro escorpión, y Oliver quiso coger aliento, aunque sólo fuera para resistir el nuevo y horrible golpe que le esperaba. Pero el aire no pudo entrar en sus pulmones, pues en su boca sólo había trozos de dientes y sangre. En cuanto a su nariz, quedó hundida, desquebrajada, con todos sus huesos y tabiques rotos, ante la nueva, exasperada, fiera e irascible acometida del escorpión…

Sintió que volvían a doblársele las rodillas, comprendiendo que de nuevo iba a perder el conocimiento. Comprendiendo, asimismo, que ya no volvería en sí.

De este desvanecimiento iría directo hacia la muerte…

Una muerte que estaba allí, en aquel látigo, en aquel azote, en

aquellas diabólicas e infernales cadenas.

En efecto, no había de recuperar el conocimiento.

Desde luego, fue un bien para él.

El escorpión se ensañó con su cuerpo. Una y otra vez. Cien. Mil veces.

Quedó sin ropas, inundado de hematomas. Con el cuerpo oscuro, morado, casi negro…

CAPÍTULO VIII

ROY STANLEY se había vestido en pocos segundos, saliendo precipitadamente de su dormitorio. Le había parecido oír, no muy lejos del caserón, un grito, o quizá tan sólo el inicio del mismo.

Esto le había bastado y sobrado para saber que debía ir en busca de ese algo que podía ser una pista.

Pero apenas en el pasillo, se detuvo, quedó con los pies clavados en el suelo. Le dio la sensación de que una de aquellas puertas acababa de cerrarse. Muy sigilosamente, con gran tiento.

De todos modos, era ya tarde para saber qué puerta había sido aquélla, tras la que, de ser cierta su sensación, alguien, quien fuera, había llegado a tiempo de esconderse.

Lo mejor era pasar por alto el detalle, y seguir adelante. En busca de la persona que había gritado. Aunque no, no estaba aún seguro de que tal cosa hubiera sucedido. Pero, claro, tenía que asegurarse.

Ya en la planta baja, encontró entreabierta la puerta de salida. Como recibiendo facilidades para ir en pos de lo que buscaba.

Arrugó el entrecejo. Nunca le habían gustado las facilidades. Sabía, por experiencia, que suelen oler a chamusquina.

Sin embargo, en este caso concreto, posiblemente no se tratara de eso. Si alguien había llegado con el tiempo justo de protegerse tras una de aquellas puertas, lo lógico era suponer que había tenido que precipitarse en exceso. De ello, posiblemente, que no pudiera actuar con toda la pulcritud precisa.

Así que estuvo fuera, buscó pisadas, huellas por las que guiarse. No encontró absolutamente nada. La lluvia se estaba encargando de borrarlo todo.

Encaminó sus pasos, dejándose guiar por el instinto. Sabía que lo tenía bueno, de sabueso de categoría. Había podido demostrarlo en muchas ocasiones.

Esta vez no fue la excepción. Se dirigió rectamente hacia el árbol en que había de encontrar muerto a Oliver…

En aquel preciso instante, de súbito, percibió un ruido tras él. Tuvo que girarse a una velocidad meteórica para llegar a tiempo de impedir que el desconocido le diera en la cabeza, con aquella gruesa rama de árbol.

Al acto, salió disparado su puño cerrado hacia el mentón de aquel hombre, de mediana estatura, que vestía una americana sucia y vieja, y que llevaba la barba muy crecida. Un hombre que se tambaleó ante lo imprevisto y contundente del contraataque recibido.

Cayéndole la lluvia encima, el hombre le miró con ansias de desquite. Pero no cabía dudarlo, a juzgar por su aspecto, estaba cansado, agotado, y carecía de las facultades físicas precisas para enfrentarse y hacer frente a un hombre de la juventud, la talla y la vitalidad de Roy Stanley.

* * *

—¿Qué te pasa, tienes miedo a recibir más…? —le instó Ray a seguir peleando, aunque de antemano comprendiendo que la pelea había concluido ya.

—No he sido yo… —murmuró el hombre, que apenas podía tenerse en pie—. Me refiero…, me refiero a ese hombre muerto… Le aseguro que yo no he sido…

—¿No, eh…? —le increpó—. ¿Quién, entonces…? ¿Algún fantasma que anda suelto por aquí? Además, no disimules, ibas a darme con la rama en la cabeza, ¿no?

—Temía que me hubiera visto, y que me creyera culpable… Pero no, no he sido yo…

—No creo que la policía te crea. Lo tienes feo, amigo —y sentenció, sin necesidad de más—. Tú eres Richard. Mann, ¿no es eso?

—Sí, sí… —reconoció el hombre. Quien a continuación agregó —: Ya no quiero huir más, ya no puedo más. Estoy sin comer desde que me escapé de la prisión, apenas he dormido, por miedo a ser sorprendido. Pero no, yo no he matado a ese hombre…

—Un hombre… —Acercándose a él, Roy Stanley le cogió por las solapas de la americana, sacudiéndole— que ha muerto de forma análoga a como murió tu esposa, Loretta… Empezamos ya todos a

entender de eso… A golpes de cadenas de escorpión…

No irás a decirme que a tu esposa tampoco la mataste tú, ¿verdad?

—Sí, a ella sí la maté yo —afirmó Richard Mann—. ¡Era una desvergonzada! Juré que la mataría y, para eso, para matarla, me escapé de la prisión. Pero a la señora que vivía actualmente en el caserón, y que enterraron ayer, yo no la maté… Todo el mundo, en Susseng, habla, comenta y da por seguro que he sido yo… Pero no, no he sido yo… Tampoco he matado yo a este hombre… ¡Se lo juro!

—Eras tú quien presenció el entierro, ayer, alejado de la comitiva, medio escondido entre los setos del cementerio…

—Sí, era yo.

—¿Qué hacías allí?

—Quise oír los comentarios.

—Dime, ¿de dónde sacaste el látigo de cadenas para matar a tu esposa? —preguntó Roy Stanley, sin soltar las solapas de su sucia y vieja americana.

—De la casa de mi jefe. Bueno, era mi jefe, cuando yo vivía y trabajaba aquí, en Susseng.

—Dime su nombre.

—Anthony Mitter. Tiene una tienda de comestibles. Yo fui su dependiente, durante más de tres años.

—¿Dónde tenía el escorpión…? —preguntó.

—Es aficionado a coleccionar ciertas armas antiguas. Las tiene adornando una de las paredes de la salita de estar.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta la salita?

—Tienen una puerta que da a la trastienda. Entré por allí, con una ganzúa. Fue sencillo.

—¿Qué hiciste con el escorpión, después de matar a tu esposa Loretta?

—No sé, no lo recuerdo…

—¡Haz memoria! —Roy Stanley le zarandeó—. ¡Haz memoria o te parto la cara a golpes!

—De veras, no lo recuerdo… —gimoteó Richard Mann, que seguía sin apenas poder mantenerse en pie—. Creo que me cayó entre unos matorrales… Sí, es eso… Se me cayó por ahí cerca… Cerca de donde maté a Loretta…

—Me estás contando muchos cuentos chinos… —bufó, pero en

el fondo convencido de que todo aquello era verdad—. Mira que yo no soy idiota. No lo he sido nunca.

—Le juro que es cierto todo lo que le he dicho. Lo malo será que no me crea nadie… —Y tembló ante el temor de pagar, no por una muerte, sino por varias.

Roy Stanley supo leerle el pensamiento.

—Por matar a Loretta, podrás salvarte de la última pena. Por matar a varias personas, no lo creo… Te lo juegas todo, pues, en que te crean o no.

—Sí, sí, me lo juego todo —tembló aún más—. Pero ¿qué puedo hacer yo? —se lamentó, entre quejidos—. Estoy en un callejón sin salida, atrapado por las manipulaciones de otro aún más asesino que yo.

—Puedes hacer lo que yo te diga —habló calmosamente Roy Stanley, y ahora sí soltó las solapas de su americana—. Es tu última oportunidad. No lo dudes.

—¿De qué se trata?

—¿Lo harás? —preguntó a su vez.

—Si eso ha de salvarme, sí…

—Te salvarás, te lo aseguro. Si es verdad que no me has mentido en nada.

—No, no le he mentido.

—Pues, en ese caso, todo irá bien. Sólo cargarás con un crimen, con el que has cometido.

—Dígame lo que tengo que hacer. Lo haré.

CAPÍTULO IX

EL teniente Mason se dirigió hacia el viejo caserón, así que recibió la llamada telefónica.

Se trataba de un nuevo crimen.

—No cabe duda —sentenció, poco después de llegar— otra vez Richard Mann…

Iguales, idénticas características… Está clarísimo.

Margaret Turner, que había bajado de su habitación, más llamativa y guapa que nunca, le preguntó:

—¿De veras, teniente, lo ve tan claro? —Y sin más—: ¡Pues deténgale de una vez! A este paso, va a acabar con todos nosotros.

—Se escurre como una anguila —se justificó el teniente Mason.

—Ya lo vemos —Margaret Turner había ironizado—. Pero no, no creo que ese hombre sea el asesino…

—¿Acaso su marido opina algo distinto? —quiso saber.

—Sí —dijo ella—. Maxim opina de muy distinta manera. Si quiere, él mismo le dirá cómo ve las cosas… Discúlpeme un momento, voy a buscarle… No debe saber que ya está usted aquí.

Fue al encuentro de Maxim Lloyd, quien no tardó en bajar por la escalera.

—Le ruego que me disculpe, teniente, no le había oído llegar. En fin, ¿quiere saber exactamente lo que opino de todo esto? Pues bien, se lo voy a decir, sin más ambages. El asesino es uno de los que estamos aquí.

El doctor Bartrey, que también en esta ocasión llegó acompañando al teniente Mason, torció el gesto, al oír tales palabras. De todos modos, él parecía estar pendiente de que Margaret Turner volviera a ponerse ante sus ojos. Se había hecho el propósito de no irse de allí, sin antes hablar con ella. Hablarle a solas, sin que nadie les oyera.

La otra vez tuvo que marcharse sin lograr su deseo, pero en esta

ocasión ya se las arreglaría para no irse, mientras no se hubiera salido con la suya.

—No tiene sentido lo que acaba de decir, señor Lloyd —regresó el teniente Mason—. A Loretta la mató su marido, Richard Mann… Todos saben que había dicho que la mataría… Además, se ha escapado de la prisión, ¿no? Como si todo esto fuera poco significativo, más de uno le ha visto y reconocido, aquí en Susseng… ¿Qué más quiere, para saber de fijo que se trata de él?

—A Loretta la mató su marido… usted mismo lo ha dicho, teniente —Maxim Lloyd, a través del capuchón, de la tela negra, sacaba una voz más aguda y cortante que nunca—. Pero ¿y estos otros crímenes? Mi tía Ann, y ahora mi tío Oliver…

—Las muertes han sido efectuadas por una misma persona, por un mismo asesino.

¿No se ha dado cuenta de que las características concuerdan, de que todo encaja de un modo exacto?

—Yo no me fiaría de eso, teniente —masculló Maxim Lloyd—. Puede ser un cebo. En fin, usted es el policía y a usted le incumbe esclarecer el asunto. Yo, ahora, con el permiso de los presentes, me retiro… Me duele horriblemente la cabeza…

Todos sintieron que un escalofrío recorría sus vértebras. ¿Acaso Maxim Lloyd tenía cabeza?

Le vieron subir la escalera, pisando con esfuerzo la descolorida y gastada alfombra.

Mientras tanto, unos y otros, ahora incluso el propio teniente Mason, se decían que debían tener cuidado con él. Mucho cuidado. Quizá esos dolores le estuvieran trastornando, desquiciando, y aquellas muertes fueras las trágicas y funestas consecuencias de los mismos.

Había sido Maxim Lloyd, desde luego, quien acababa de decir que el asesino era uno de ellos. De ser el culpable, no parecía lógico que se hubiera expresado en tales términos.

Pero, nunca se sabe, tal vez lo había dicho para despistar.

Poco después, Margaret Turner volvía a presentarse ante ellos. En esta ocasión, comentó que Maxim se sentía excesivamente impresionado por todo lo sucedido, por aquellas muertes, cometidas en el espacio de tan pocas horas.

—¿Sigue asustada? —le preguntó Roy Stanley, así que pudo

hacer un aparte con ella.

—De Maxim, no… De veras que no… —Intentó sonreír, y la verdad es que lo consiguió con bastante fortuna—. ¿Sabe? Me va a comprar una pulsera de brillantes…

Roy no le dijo que eso ya lo sabía.

—Se muestra muy amable y comprensivo conmigo…

—Me alegro.

—De todos modos —repuso— alguien parece empeñado en eliminarnos. Eso no resulta tranquilizador —y agregó, casi al acto—. El teniente Mason dice que ha sido Richard Mann quien ha matado a tía Ann y a tío Oliver… Maxim, por su parte, está seguro de que el asesino es uno de nosotros… ¿Usted qué opina?

—Aún no lo sé con exactitud. ¿Y usted, Margaret?

—No sé. Sólo sé… —Y bajó la voz hasta casi hacerla inaudible— que, desde hace rato, el doctor Bartrey no hace más que mirarme de un modo extraño. Ese hombre siempre me ha dado miedo. Lo mismo que Peter… No puedo evitarlo…

—Voy a alejarme, Margaret —le hizo saber Roy Stanley—. Así facilitaremos la situación al doctor Bartrey, si es que quiere acercarse a usted… Si se tratara de algo importante —resumió—, venga enseguida a hacérmelo saber, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo ella.

En efecto, así que Roy Stanley se alejó de allí y se fue hacia donde se hallaba Tina Powell, que por cierto le recibió con una sonrisa que era todo un poema de seducción, el doctor Bartrey, sin necesidad de esperar a más, se acercó a Margaret Turner.

—Tengo que hablarte seriamente —le comunicó.

—¿De veras?

—Sí.

—Ante todo, quiero tener la seguridad de que jamás dirás a nadie que yo te llevé a aquella casa —y añadió—. No te imagines cosas raras. Simplemente, tengo a mi esposa muy enferma del corazón, gravísima, ¿comprendes? Si se enterara de lo que hice, la mataría del disgusto… Por eso, apenas llegamos a la casa, te dejé sola… Quería asegurarme de que nadie nos espiaba… Sí —ratificó—, la mataría del disgusto si se enterara… Y no, no quiero que eso suceda.

—No diré nada —repuso Margaret Turner.

—En pago a ese favor… —puntualizó el doctor Bartrey, tras pasarse la palma de la mano por su despejada frente—, estoy dispuesto a compensarte bien.

—¿A compensarme? —Hizo un gesto de extrañeza.

—No con dinero, claro —especificó—, sino con una información que te puede resultar muy valiosa. Se trata de Maxim, y de lo que yo, como médico de Susseng, sé de él…

—¿Qué sabe?

—Si sigue viviendo, en sus condiciones, es porque toma no sé qué droga, o algo así…

Se la dio un brujo de aquellas tierras… Tiene que tomarla, así que siente dolor en el cerebro… El día que deje de tomar esa insólita medicina, se descompondrá materialmente, se corromperá súbita y totalmente…

—¿Y saber eso me puede resultar valioso? —preguntó—. Francamente, no le comprendo…

—Si un día te cansas de él, te bastará con hacer estallar el frasco contra el suelo, o simplemente vaciar su contenido… Un hombre como él —manifestó— tiene, forzosamente, que asustar a cualquier mujer… Por lo demás, tú eres muy guapa y muy tentadora, y podrías encontrar otro hombre que te gustara más…

—¿Como usted? —inquirió con gesto de asco.

—Sí, ¿por qué no…? Yo podría hacerte muy feliz. Después, cuando mi esposa muriera, podríamos casarnos.

—Peter puede que esté loco, pero usted, doctor Bartrey, aún lo está más. De lo contrario, hubiera comprendido que he sido una mujer de la calle, una cualquiera, sí, pero que de eso a lo que usted dice, hay un abismo. ¡Déjeme en paz!

Le dio la espalda, alejándose de él.

Ahora era David quien hablaba con Roy Stanley, mientras la vieja criada, delgada, enjuta, con el cabello muy blanco, recogido en un moño, con su delantal a cuadros, servía unos *whiskys* para reconfortar convenientemente los ánimos.

—¿Se ha dado cuenta? Ahora sólo quedo yo… Sí, cada vez me reafirmo más en lo que le dije, ¿recuerda? Maxim ha debido averiguar que, por nuestra culpa…

—No de Ann, su esposa —puntualizó Roy.

—No, de ella, no —repuso—. Ella no tuvo nada que ver con

aquello, ella no efectuó aquel viaje. Se quedó aquí, en Estados Unidos. Pero por el mero hecho de ser mi esposa, se la ha cargado, lo mismo que si fuera culpable.

—De todos modos —Roy hizo hincapié en lo ya expuesto, en aquella otra ocasión— si la verdad sólo la sabían ustedes tres, uno de ustedes ha tenido que decírselo al interesado.

—Al día siguiente de nuestra llegada aquí, Ann sintió recelos, reparos, y quiso marcharse… Volvimos a tocar el tema… Estábamos solos en la sala… Creíamos estarlo… Tal vez no era así, nos oyera Maxim, y de ello venga todo… —lo dijo de una tirada, como temiendo carecer de respiración, si se detenía.

—Ésta es ya una posibilidad —admitió Roy.

—La teoría del teniente no me convence a mí, tampoco. Lo mejor que puedo hacer es irme de aquí, cuanto antes, ¿no le parece? Así que se efectúe el entierro de Oliver…

—Mientras tanto —le previno—, vaya con cuidado. Por la noche, cierre bien la puerta de su dormitorio. Que nadie pueda sorprenderle. Nadie, en absoluto.

—Así lo haré.

—Y no se moleste en husmear por el pasillo.

—¿Por qué lo dice?

—La noche pasada, alguien cerró una puerta, así que yo abrí la mía… Su hermano Oliver no pudo ser, porque, desgraciadamente, estaba fuera del caserón, en manos de su implacable asesino… El asesino tampoco era, porque no había tenido tiempo de regresar… Cabe en lo posible que fuera usted, ¿o me equivoco?

—No —reconoció David—. Era yo. Me pareció que oía ruidos, y quise ver de qué se trataba. Luego, al ver que usted intervenía, opté por quedarme al margen.

—Es lo que debe hacer, esta noche.

—Sí, sí…

CAPÍTULO X

ROY y Tina estuvieron merodeando alrededor de la casa de las afueras, de planta baja, que tenía todas las trazas de estar abandonada. A donde el doctor Bartrey el médico de Susseng, llevó a Margaret Turner aquella noche.

—Un lugar apartado, discreto —comentó Roy Stanley—. No le veo al lugar más malicia que ésta.

Después fueron a ver a Donna Allen y a su marido, Anthony Mitter. Una visita, al parecer, simplemente afectuosa.

Pero Roy, ciertamente, no iba en plan muy ceremonioso, por lo que, así que estuvo en la trastienda, saltó, poco menos que a boca de jarro:

—¿Podría echar un vistazo a la salita? Me han asegurado, muy formalmente, que en una de las paredes falta algo… Algo importante… Algo que antes había…

Anthony Mitter se puso pálido, lívido, y miró a su esposa con infinita angustia, mientras le subía y le bajaba la nuez de su garganta. Donna Allen, por su parte, quedó tan trastornada, que verdaderamente daba pena mirarla.

—No comprendo lo que ha querido decir —repuso, finalmente, Anthony Mitter.

—Sí lo comprende, porque sabe perfectamente a lo que me estoy refiriendo. —Roy no ofrecía tolerancia ni concesiones. El caso era serio, y había que ir directo y con rapidez, hacia la solución—. En una de esas paredes había colgado un escorpión… Es un látigo, un azote con varias cadenas… El arma, el instrumento, como lo prefiera, con que se están perpetrando, en Susseng, todos esos crímenes…

Desalentado, Anthony Mitter se dejó caer en el asiento más próximo. Se ocultó el rostro entre las manos. Le iba a costar reaccionar.

Pero tenía que hacerlo. De lo contrario, podía parecer más culpable de lo que era. Por eso, Donna se acercó a él, y le puso una mano sobre el hombro.

—Dile toda la verdad —suplicó—. Él nos ayudará… El aprecia a Tina, y Tina es mi mejor amiga… Seguro que nos ayudará…

Anthony Mitter separó las manos de su rostro. Un rostro violentamente desencajado.

—Yo tenía el escorpión en la pared, de adorno… —musitó—. Desapareció de la manera más incomprensible… Y aquella misma noche, apareció el cadáver de Loretta…

—Pudo ir a decirlo a la Dolida, ¿no cree? —observó Roy—. Supongo que llegaría a sus oídos que la muerte había sido provocada por un látigo de cadenas, en cuyos extremos, éstas tenían unas puntas o garfios retorcidos… En suma, un escorpión… Lo que usted, precisamente, tenía de adorno en la pared…

—Decidí callar —dijo Anthony Mitter— por miedo a que recelasen de mí. Será mejor que se lo confiese a usted para que mejor me comprenda… En otro tiempo, hace ya años de eso, yo… yo… —Pero se interrumpió, viéndose incapaz de proseguir.

—Mi marido —repuso Donna Allen, mucho más serena que él— estuvo enamorado de Loretta… Muy enamorado… Pero ella le rechazó, prefiriendo a Richard Mann.

—De todo eso hace va mucho tiempo —agregó Anthony Mitter —. Después conocí a Donna, que siempre ha sido muy buena y comprensiva conmigo, y a Loretta la olvidé por completo.

—De todos modos, debió ir a la policía —dijo Roy—. Su silencio puede hacerle aún más sospechoso.

—Usted no irá a decir que el escorpión era mío, ¿verdad? —inquirió Anthony Mitter, con angustia.

—No. A menos que resulte estrictamente necesario. Pero respóndame ahora a unas cuantas preguntas; necesito detalles, pormenores. ¿Conoce usted a Maxim Lloyd?

—Sí —dijo Anthony Mitter—, desde que éramos pequeños, desde que íbamos juntos al colegio. Llegamos a ser muy buenos amigos, excelentes amigos.

—Cuando regresó de su viaje por tierras africanas, ¿fue a verle? —le interesó saber.

—Sí —afirmó—, fui a verle, y acepté su invitación para una

fiesta. Me estoy refiriendo a esa fiesta en la que nuestro común amigo, Peter, le dejó el rostro al descubierto, arrancándole la tela negra con la que se cubría. Peter se había emborrachado, y no resistió la tentación de saber cómo había quedado exactamente, después de aquel horrible hecho…

—¿Qué opinión tiene usted de Peter?

—Era un buen muchacho, siempre nos habíamos unido muy bien. Pero solía darse demasiado a la bebida, y, por culpa de su último exceso, hizo eso, lo que ya le he contado… Cuando vio en lo que había quedado convertida la cabeza de nuestro amigo Maxim Lloyd, se desequilibró, se desquició, perdió la razón… Tuvo que venir una ambulancia, con dos hombres y una camisa de fuerza…

—Ya ha salido del manicomio. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—¿Ha vuelto a verle?

—Sí.

—Y qué, ¿le considera ya curado?

Vaciló la respuesta. Vaciló ostensiblemente.

—No me atrevería a asegurarlo. Le he encontrado muy nervioso, muy agitado, alterado. Como si, a pesar de sus esfuerzos, no terminara de controlarse.

—¿Conocía usted, señor Mitter, a los tíos de Maxim Lloyd, Ann, Oliver y David…?

—Sí. Tres buenas personas.

—¿Y qué me dice, como punto y final, señor Mitter, de la sirvienta del viejo caserón?

—La tengo por una criada fiel.

—Pues nada más —zanjó Roy Stanley—. Gracias.

—Las gracias, nosotros a usted —intercaló Donna Allen—, por hacerse cargo de la situación de mi marido y de los motivos de su silencio. Por perdonar que el otro día fingiera ante usted.

Mientras se dirigían de nuevo hacia el viejo caserón, Roy Stanley iba atando cabos.

Estaba llegando ya a muchas conclusiones. Todas ellas, muy dignas de tenerse en cuenta.

—No desconfiarás del marido de mi amiga… —La voz de Tina Powell sonó a su lado, preocupada.

No llegó la respuesta de Roy Stanley. No hubo ocasión.

Para acortar distancias habían cogido un camino vecinal, con matorrales a ambos lados.

Pero, por la derecha, en aquel trecho, había un barranco. Abajo, de pronto, vieron un cuerpo.

Un cuerpo inmóvil, inerte. Un cuerpo de mujer.

—¡Sí es la sirvienta de Maxim Lloyd! —exclamó Tina, reconociéndola, más por el delantal a cuadros que por otra cosa.

—Sí, es cierto.

Cuando Roy Stanley llegó al fondo del barranco, la mujer, no sólo ya no vivía, sino que, a juzgar por su frialdad, debía hacer tiempo que había proferido su último suspiro. Se había descoyuntado la nuca. Debió morir en el acto.

—Ha debido de caerse —apuntó Tina Powell.

—O la han empujado —dijo Roy—. Una de dos.

—Sí, claro —admitió la muchacha.

En aquel preciso instante, Roy Stanley descubrió a alguien por el otro lado, entre los matorrales. Pero andaba agachado, encogido, así que no pudo verle bien. De todos modos, echó a correr hacia allí, para darle alcance. Necesitaba saber quién era.

Le agarró, en menos de lo que tarda en decirse.

—Soy yo, señor Stanley —tartamudeó Peter, con gesto de ratón que ve aparecer el gato.

CAPÍTULO XI

—¿QUÉ hace usted por aquí? —preguntó Roy.

—Pasear —dijo Peter, tras tartamudear de nuevo.

—Pues no ha elegido buen lugar. Esto huele a muerto, ¿no se ha dado cuenta?

—¿Qué quiere decir? —Sus dientes empezaron a dar unos contra los otros.

—Por lo asustado que le veo —subrayó Roy—, me parece que lo sabe de sobra. La sirvienta del caserón está en el fondo del barranco, muerta…

—¡Oh! —Pero la exclamación le salió muy mal articulada.

—¿No sabía nada?

—No… No… De veías que no…

—Pues yo diría que sí —afirmó.

—Si tuviera que ver algo con esa muerte, haría ya rato que me hubiera marchado de aquí, ¿no lo comprende? Porque hace ya mucho que ella está muerta, está muy fría…

—¿Y cómo sabe que está tría, si no sabía que estaba muerta? —Le cogió en la trampa, como a un niño.

—Pues yo…, yo… —Luego, de pronto, se decidió a decirle la verdad—: Sí, lo sabía. Acabo de verla… Pero no quería que nadie se enterara… Todos desconfían de mí… Desde que salí del manicomio, nadie me mira bien… Usted, sí, señor Stanley, ¿no es cierto? Usted es un hombre inteligente, y comprende que ya estoy restablecido.

—Yo no tengo nada contra usted, claro que no —dijo Roy.

—Se lo agradezco mucho. Y para demostrárselo, voy a hacerle una confidencia… Me doy cuenta de que usted desea esclarecer este asunto, y mis palabras podrán, tal vez, ayudarle.

—Soy todo oídos.

—El doctor Bartrey no es buena persona.

—¿No…?

—Es malo. Muy malo.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Se casó por dinero, y se ha pasado la vida odiando a su fea mujer. Pero hace ver que la quiere mucho… ¿Sabe por qué? Porque ella tiene hecho testamento a su favor.

—No veo conexión entre eso que me cuenta y el asunto que nos preocupa —dijo Roy.

—Tal vez no la haya. Pero puede que sí. Una persona excesivamente ambiciosa —opinó Peter— siempre es un peligro.

—Es posible. No me atrevo a llevarle la contraria.

—Además, ¿no se ha fijado en cómo mira a Margaret Turner? Yo, sí; se la come con los ojos. No cabe dudarlo, le gusta esa mujer, y mucho. Tenga la seguridad de que hará todos los posibles por arrebatársela a Maxim. Pero, claro, no creo que Maxim esté dispuesto a consentírselo… En fin, esto es todo lo que tenía que decirle.

Poco después, se había alejado de ellos.

Entonces, Roy dijo a la muchacha:

—Tengo que regresar a Susseng, Tina, es imprescindible. Acabo de comprender que he dejado suelto un pormenor… Quizá, posiblemente, el más básico de todos ellos. En esta ocasión, prefiero que no me acompañes, porque así podré hacer mis pesquisas con más prontitud, y regresar antes al caserón. De todos modos —agregó—, tú puedes, si lo prefieres, volver a casa de tu amiga Donna Allen. Allí estarás bien acompañada, y no tendrás nada que temer.

—Prefiero esperarte en el caserón —dijo la muchacha—. Así, luego, podré contarte lo que haya sucedido, en tu ausencia. Quiero demostrarte que soy una chica valiente —sonrió—. Pero no tardes, Roy… La verdad es que no estaré tranquila hasta que tú no te encuentres de nuevo a mi lado.

—Volveré, así que pueda, Tina.

* * *

Roy Stanley estuvo en Susseng, recorriendo varios bares de poca categoría, y bebiendo varios *whiskys* que le supieron a puro aguarrás. Estuvo, asimismo, hablando con unos y otros.

Quería averiguar algo, y no estaba dispuesto a marcharse de aquella zona, mientras no lo consiguiera. Por fin, uno de los

camareros dijo lo que él estaba esperando que alguien dijera… No, ya no hacía falta que siguiera más allí, ni en ningún otro bar. Se apresuró, pues, a dirigirse de nuevo hacia el viejo caserón.

Al llegar, o mejor, antes de haber llegado, vio que Tina corría hacia él. Una vez a su lado, la muchacha se cobijó entre sus brazos, que no se perdieron la ocasión de ofrecerles su refugio.

—¿Qué pasa, Tina?

—Ha sido horrible, Roy… —Y con la voz terriblemente angustiada—: Le ha tocado el turno a David… Ha tenido la misma suerte que Ann y que Oliver… Acabamos de encontrarle…

En efecto, habían hallado el cadáver de David. Junto a la puerta posterior de la casa.

Mostrando su epidermis llena de horribles hematomas, oscuro, morado, casi negro todo su cuerpo… Había sido arrastrado hasta allí; de ello que la sangre señalara el camino. Sus ropas habían quedado hechas trizas, como en casos anteriores, a causa de las púas y garfios situados a los extremos de las cadenas.

Allí cerca estaba el teniente Mason, que en aquellos instantes mascullaba:

—Su criada ha sido hallada muerta, en el fondo del barranco… Ahora, su tío David…

—Ya es hora que dé con el culpable, ¿no cree? —increpó Maxim Lloyd—. Con Richard Mann o con quien sea ese asesino… —Se llevó las manos enguantadas a la calavera, a ese armazón de huesos, sin carne ni piel, que cubría el negro capuchón, gimoteando—. ¡Cómo me está doliendo la cabeza! Discúlpeme, teniente.

Se dispuso a retirarse. Pero Roy Stanley, que llegaba en aquellos momentos, se le puso por delante, preguntándole:

—¿Podría hablar con su esposa…? ¿Dónde está?

—La he dejado en el dormitorio. Le diré que baje enseguida.

—Se lo agradeceré mucho.

Maxim Lloyd subió la escalera, por la que, poco después, descendía Margaret Turner.

Ésta fue directamente hacia Roy:

—¿Me buscaba, señor Stanley?

—Sí —repuso él—, quería hacerle unas preguntas. Un par; más, no creo que sean precisas.

—Todas las que desee —aceptó la pelirroja—, pero antes,

dígame, ¿se ha enterado de lo que ha sucedido en su ausencia? No ha hecho falta que se hiciera de noche. Esta vez, en pleno día.

—Sí, me he enterado.

—Han muerto los tres…

—Y también la criada —puntualizó Roy.

—Van a matarnos a todos —el miedo aleteó en los hermosos ojos verdes de Margaret Turner.

—No creo que haya ya más muertes —dijo Roy Stanley.

—¿Qué le hace suponerlo?

—Mi sexto sentido.

—Esperemos que no se equivoque. Bueno, hágame esas preguntas. Ojalá puedan servirle de algo.

—De mucho, no lo dude. ¿Qué opinión, exactamente, le merece a usted su propio marido? Quiero la verdad.

—No tengo queja de él —aseguró Margaret Turner.

—Pero ¿le cree capaz de odiar? ¿De odiar hasta el desvarío?

La pelirroja hizo un gesto de duda, de vacilación.

—No… —dijo finalmente. Pero cambió de idea y rectificó—: Sí, es capaz de odiar así…

Lo sé de fijo… Y sé que les odiaba a los tres. A los tres por igual…

—Se refiere a Ann, a Oliver y a David, ¿no es eso?

—Sí —asintió—. No sé por qué, pero les odiaba desesperadamente. De todos modos, señor Stanley, esto queda entre nosotros… Tenga la absoluta seguridad de que ese sentimiento suyo no significa nada, ni nada ha tenido que ver con lo que ha sucedido…

Maxim no es ningún asesino…

—Estoy convencido de ello —dijo Roy. Y añadió—: Gracias por su sinceridad conmigo, Margaret. Una sinceridad que me resulta muy valiosa; se lo aseguro.

—Ha venido usted aquí, al caserón, para ayudarme No estaría bien que yo ahora le fuera con subterfugios.

—Supongo que no. A propósito, ¿qué le dijo el doctor Bartrey? Apenas yo me alejé de su lado, se le acercó él…

—Hablamos poco.

—Ya lo vi. Usted no tardó en darle la espalda, dejándole plantado. Pero ¿de qué hablaron?

—De nada que valga la pena —hizo un gesto displicente—. Es mejor olvidarlo.

—¿Le declaró su amor, o algo por el estilo…? —Puesto que ella no se decidía a sincerarse, él mismo afrontaba el tema.

—Sí —asintió Margaret Turner.

—¿Se lo ha dicho a su marido?

—No.

—¿Seguro…? —insistió Roy.

—Seguro.

—Y dígame, ¿le molestaría mucho que yo le pusiera al corriente de tal circunstancia?

—No creo que eso arreglara nada. Con franqueza, considero mejor omitirlo.

—Yo cargo con la responsabilidad.

—Si es así…

—Por favor, dígale que deseo hablarle y que, así que deje de dolerle la cabeza, le espero…

—Si insiste, por mí no ha de quedar.

—Gracias.

Margaret Turner subió la escalera, mientras Roy Stanley se iba de nuevo hacia el lugar en que se hallaba el teniente Mason, con el que, en voz baja, intercambió unas cuantas palabras.

Palabras que el doctor Bartrey hubiera querido oír, pero, como se hallaba algo distante, tuvo que quedarse con las ganas. Pudo, no obstante, ser el primero en ver entrar en el caserón a Peter, quien torpemente se expresó:

—Acabo de enterarme; han encontrado muerta a la criada en el fondo del barranco.

—Hay algo más —le hizo saber el doctor Bartrey—, han asesinado a David… Del mismo modo que a Loretta, a Ann y a Oliver…

—¡Es horrible! —Peter se puso a sudar como si, de pronto, hubiera sido considerado convicto y confeso de todas aquellas muertes.

CAPÍTULO XII

SE abrió la puerta que daba al pasillo, y Maxim Lloyd se acercó a la barandilla. En esta ocasión, medio asomado su cuerpo al hueco de la escalera, se puso a vociferar:

—¿Para qué desea hablar conmigo, señor Stanley? ¿Para qué…? ¡Lo sé, no hace falta que me le diga! Quiere hacerme caer en la red… ¡Pero eso ya no me importa nada, entérese! ¡Mi venganza se ha cumplido! ¡Se ha cumplido hasta el final!

Unos y otros se agruparon abajo, junto al hueco de la escalera. El doctor Bartrey, Peter, Tina… El teniente Mason, en primer término.

—¿Qué es lo que está diciendo…? —inquirió éste, elevando la voz—. ¿De qué venganza habla?

—Les he matado a los tres… ¡Sí, he sido yo! —gritaba como un poseso, mientras sus manos se crispaban con tal fuerza, con tal furia, a la barandilla, que ésta, de arriba abajo, se agitaba—. Les odiaba… ¡Ellos fueron los culpables de lo que me sucedió! Oí cómo lo comentaban, en la sala, al día siguiente de su llegada… Ann no tuvo la culpa de nada, pero era la esposa de David… Sí, también a ella la odiaba…

—¿De qué eran culpables? —preguntó, desde abajo, el teniente Mason—. No le entiendo.

—Lo que me sucedió en esas tierras fue por culpa de tío Oliver y de tío David… Ellos dijeron al jefe de la tribu que yo me entendía con Saki, y aquellos hombres me enterraron, durante tres días y tres noches… —gritando cada vez más, explicó lo sucedido. Luego, agregó—: Al enterarme de cómo había muerto Loretta, pretendí que Richard Mann cargara con mis crímenes… Por eso he matado del mismo modo que mató él… Aquel día, yo merodeaba por allí, y casualmente me encontré con el escorpión… Pero acabo de comprender, señor Stanley, que usted sabe ya que soy el asesino…

Por eso no me importa, ahora, reconocer y gritar mi culpa… Volvería a hacerlo, señor Stanley…

Sólo entonces se dio cuenta de que, abajo, estaban el doctor Bartrey, Peter, Tina y el teniente Mason… Pero Roy Stanley no se hallaba allí.

—¿Dónde se ha metido, maldito señor Stanley? —aulló, agitando más que nunca la barandilla.

La voz sonó donde menos se esperaba. En el descansillo de la escalera. A menos de diez peldaños de donde él estaba.

—Aquí —respondió Roy.

Tembló el cuerpo de Maxim Lloyd. De pies a cabeza. No se esperaba aquello. Estaba seguro de hallarse lejos de sus enemigos. Lo suficientemente lejos para tener tiempo, opción, antes de que ellos subieran la escalera, a encerrarse en su cuarto.

—Me tiene más cerca de lo que suponía, ¿eh? —ironizó Roy Stanley, pero sin moverse del descansillo Maxim Lloyd se limitó a hacer un gesto afirmativo. Debía de estar pensando que podía hacer.

—Sólo nos separan diez peldaños —dijo Roy—. Así que me lo proponga, en menos de cinco segundos, estoy a su lado… No voy a darle ocasión a meterse en su dormitorio.

Menos aún, a echar el cerrojo.

—Lo intentaré de todos modos —reconoció Maxim Lloyd.

—¿Para qué desea hacer eso, si ya está delatado? Si usted mismo se ha delatado…

—Para vivir, tomo una extraña medicina… —explicó—. No es ningún secreto, y el doctor Bartrey hace tiempo que lo sabe. Sin esa medicina, haría tiempo que estaría muerto… Sin embargo, esa medicina, tomada en dosis excesiva, me ocasionaría la muerte fulminante… Sí, quiero morir, antes de ser detenido y juzgado por esas muertes… Si ya me he vengado, ¿qué más puedo esperar? Mejor que no vea sobre mí la mirada de Margaret. La he amado y la sigo amando de veras, y me haría mucho daño ver su expresión…

—¿Qué ha hecho con Margaret? —preguntó Roy Stanley—. Si con estas voces no sale, nada bueno será…

—Le he dado un golpe. La he dejado sin sentido. No he querido que se mezclara en esto. Por favor, señor Stanley… —La voz de Maxim Lloyd, como siempre cortante e hiriente como la de un

cuchillo recién afilado, se hizo ahora humilde, suplicante—, concédame quince segundos nada más… No es pedir mucho…

—Pero es más de lo que voy a concederle, señor Lloyd —aseguró Roy—, porque de usted no me fío un pelo.

A pesar de estas palabras, Maxim Lloyd no pudo suponer que tan pronto, tan de súbito, Roy Stanley se decidiera a tomar la iniciativa. La realidad es que llevaba una pistola cargada en el bolsillo derecho de su americana, y que hubiera podido, desde aquel mismo instante, dominar por entero la situación.

Pero, lo dicho, no creyendo tan veloz a Roy, he aquí que cometiera el error de perder unos segundos. No muchos, muy pocos, en verdad, pero suficientes para que el joven diera un par de zancadas, dejara atrás aquellos diez peldaños, y se plantara a su lado.

Instintivamente, hizo un gesto de retroceso, como autodefendiéndose, pero ya era tarde. Roy Stanley acababa de hacer lo que, con anterioridad, llevara a cabo Peter por dos veces consecutivas; esto es, arrancar aquel capuchón, aquella tela negra…

Que en esta ocasión, al quedar fuera de su debido lugar, no dejó ver el armazón de huesos de una cabeza despojados de carne y piel, sino, por el contrario, una hermosa cabeza de mujer…

¡Era Margaret Turner!

CAPÍTULO XIII

DESDE abajo, al pie del hueco de la escalera, surgió el asombro. El más insólito asombro.

Nadie podía esperarse que, al término de aquel cuerpo que creían de hombre, apareciera la cabeza de una mujer. De la llamativa y pelirroja Margaret Turner, que acababa de quedar al descubierto, debido a la intuición y perspicacia de Roy Stanley.

Las ropas eran las mismas. Las que siempre llevaba el verdadero Maxim Lloyd, pantalón y americana de color gris oscuro. Pero, en esta ocasión, no era él… ¡Era Margaret Turner, que había fingido a la perfección el tono y el sonido de su voz! Con mayor perfección y exactitud, no hubiera podido hacerlo. De ahí que el engaño se hubiera producido.

—Antes, le he preguntado qué había hecho con Margaret… —dijo Roy—. Permítame corregir, y preguntarle, ahora, qué ha hecho con Maxim…

Rechinando los dientes, Margaret dio un par de pasos atrás, y sacó la pistola, encañonando al joven entrometido. Lo que antes debía haber hecho.

—De todos modos —añadió Roy—, lo adivino… ¡Le ha matado! Pero no, no acaba de hacerlo… Hace ya muchas horas de eso… Cuando Maxim, ayer, la llamó… Sí, fue entonces cuando usted, Margaret, debió acabar con su vida. Desde aquel preciso instante, si él ha estado con nosotros, no ha estado usted… Y si usted se ha hallado a nuestro lado, él ha permanecido con dolor de cabeza en su dormitorio… Sólo si uno subía la escalera, el otro, al poco, la bajaba… Resulta fácil, pues, deducir que fue a partir de ese instante…

—¡Maldito sea, una y cien veces! —barbotó Margaret Turner que, a pesar de todo, no se veía perdida porque contaba con aquella pistola y sabía, por lo demás, de su infalible puntería—. Va a pagar

muy caro el ser tan listo…

—Antes de pagarlo, dígame, ¿he acertado, no? —Estaba sin arma alguna ante aquella endiablada mujer, pero no se amedrentaba, ni asomo de ello.

—¡Sí! —rugió Margaret Turner—. ¡Sí! Yo quería, en principio al menos, limitarme a matar a tía Ann, a tío Oliver y a tío David… Así, muertos los tres, Maxim les heredaría, y yo llegaría a poseer una gran fortuna… Desde luego, al enterarme de que usted, señor Stanley, había vuelto a Susseng, no me gustó nada… Comprendí que no era fácil de engañar… Por eso fui a pedirle ayuda… Supuse que así me colocaba ante sus ojos como víctima… Bueno, pues sucedió que la otra noche, cuando Maxim me llamó, me dijo que sospechaba de mí… Sí, sospechaba que había sido yo quien había matado a tía Ann… Me dijo que él tenía motivos para odiarles, para aborrecerles, pues había oído lo que en la sala hablaron, al día siguiente de su llegada, y sabía que ellos habían sido los culpables de lo que le había sucedido en aquel viaje; pero que, ni así, les deseaba ningún mal, y que, por otra parte, no iba a permitir que yo quedara impune de mi crimen… Entonces —masculló Margaret Turner— me di cuenta de que estaba perdida, si no tomaba una decisión inmediata… Y la tomé, ¡vaya si la tomé! Cogí la lamparita de noche, que es de bronce, y le di un fuerte golpe en la cabeza. Estaba dispuesta a repetir el golpe una y otra vez, todas las veces que fueran necesarias… Pero no fue necesario tanto, ni mucho menos… Ya ante los primeros golpes recibidos, se rompió, se rajó, se desquebrajó su cabeza, por varios lugares distintos… Con ruido a vidrios rotos, su calavera quedó enseguida convertida en polvo… Aquellos huesos estaban más podridos, mucho más podridos de lo que él mismo pudiera creer… Por lo demás, todo su cuerpo sufrió, casi en el acto, una alucinante y sobrecogedora descomposición… Comprendí, por tanto, que ni con autopsia podría saberse exactamente el momento exacto de su muerte… Eso me favorecía…

Roy Stanley intercaló:

—Por eso me pedía, ahora, quince segundos de tiempo… Los suficientes para meterse en el dormitorio y correr el cerrojo. Entonces, hubiera podido quitarse esas ropas y fingir que acababa de recuperar el conocimiento, después del golpe que Maxim le había dado…

En cuanto a la suerte que éste había corrido, cualquier explicación valdría… La de esa extraña medicina que, tomada a dosis excesivas, era mortal de necesidad, serviría de sobra para el caso… No, nadie sospecharía la verdad, y negocio redondo. El dinero de tía Ann, tío Oliver y ti David, a Maxim, y de éste a su esposa, que era usted…

—Sí, no era mala idea. Como no lo fue fingir que Maxim y yo hablábamos de la pulsera de brillantes que iba a regalarme. Les oí acercarse a la puerta del dormitorio, y pensé que nada mejor que eso para despistarles del todo. Tampoco fue mala idea hacer creer que era Richard Mann quien cometía esos crímenes… ¿Acaso no eran llevados a cabo con un escorpión? Sí, fui yo quien lo encontró cierto día por allí cerca, entre unos matorrales… En realidad, todo lo he ido organizando a medida que ha ido sucediendo, sobre la marcha…

Yo, cuando le conocí a usted, señor Stanley, sólo era una mujer que buscaba compañía por una noche… Después, fui una persona que encontraba una oportunidad, pese a todo el horror de tener que soportar a un hombre como Maxim Lloyd… Una oportunidad, que se me antojó más brillante, cuando me enteré de que los tíos de Maxim habían puesto en el Banco, a su nombre, treinta mil libras… Pero podían ser más, muchísimas más, si era decidida y les eliminaba a los tres…

—Pero ha eliminado a cuatro. La vieja criada…

—Le dije que no aseara nuestro dormitorio, que lo haría yo. No me hizo caso, y entró a arreglarlo. Al abrir el armario, se encontró con el cuerpo de su señor… Conseguí que callara, prometiéndole mucho dinero, pero, claro, no podía fiarme de su discreción, y tuve que acabar con ella. Fue sencillo, un simple empujón cuando estaba junto al barranco.

—Todo muy bien trenzado, pero he intervenido yo… Ha sido una lástima, ¿verdad?

—No ha sido una suerte, convengo en ello. Pero soy yo quien sigo llevando la voz cantante en esto. ¡Si supiera la puntería que tengo, estaría de acuerdo conmigo!

—Muy buena puntería, claro, no lo pongo en duda —dijo Roy—. Como corresponde a una mujer que ha trabajado en diversos números circenses, durante más de cinco años.

* * *

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Margaret Turner.

—He tenido que preguntar mucho —repuso Roy—, pero al final he sabido todo lo que deseaba. En realidad, para que mi sospecha tuviera razón de ser, era forzoso que usted, Margaret, poseyera la facultad de imitar voces. Vestirse con ropas de hombre y hacerse pasar por tal, era relativamente fácil… Cubriéndose el rostro con el capuchón, y llevando enguantadas las manos… Sí, era relativamente fácil, aunque me imagino sus afanosos trabajos para alisar su llamativa anatomía y no infundir sospechas… Pero la voz era otra cuestión más ardua, más delicada… Para eso hacía falta ser una profesional, ni más ni menos… Otra cosa, no encajaba en esto… Así, pues, antes de venir aquí, he estado por ciertos bares, por aquéllos en los que a usted la conocen mejor… Y he husmeado en su vida… Sí, he terminado por saber que, antes de convertirse en una prostituta, trabajó en un circo… Y sus números de ventrílocua fueron excelentes… Como también lo fueron los de tiro al blanco… Pero todo aquello terminó por cansar al público, y le faltó el trabajo…

Entonces volvió aquí, a Susseng, y siguió por la vida, sin excesivos miramientos.

—Sí, es cierto —exclamó Margaret Turner—, todo eso que ha dicho es cierto. Tanto como que mi puntería es infalible, por lo que me bastarán las balas de esta pistola para dejarles secos a todos. ¡A todos los que están presenciando esta escena!

—Si es como dice —repuso Roy con una serenidad que, quieras que no, hizo estremecer a Margaret Turner—, resultará, de todo esto, que el único en salvar la vida habrá sido Richard Mann… ¿Sabe? Se presentó voluntariamente al teniente Mason. Yo le aconsejé que lo hiciera. Iba a haber más crímenes, y a base de escorpión, evidentemente, por lo que presentándose se defendería de la red que el verdadero asesino le estaba tendiendo. Una red que podía llevarle a la cámara de gas, o a la silla eléctrica… Él fue el asesino de Loretta, de su esposa, sí, nunca lo ha negado… Pero una cosa es pagar por una muerte, para la que sin duda su abogado encontrará atenuantes, y otra es pagar por una auténtica cadena de crímenes… Sí, me hizo caso —remachó Roy—, y se presentó al teniente Mason. Desde aquel momento, el teniente Mason y yo

somos ya dos, en uno, dispuestos a no dejar escapar al culpable… Si parecía que el teniente Mason seguía recelando única y exclusivamente de Richard Mann, era simplemente para que el asesino nos creyera lejos de la verdad…

—Una verdad que han averiguado. Bueno, tendrán que atenerse a las consecuencias, usted el primero, señor Stanley. Así que inicie el primer gesto, dispararé… Sólo nos separan un par de pasos, pero son suficientes para mí… No, no es buena la jugada que tiene entre manos, señor Stanley.

Pero era buena la que tenía entre pies. Porque la descolorida alfombra que cubría la escalera, daba la vuelta y cubría, asimismo, todo aquel pasillo. Y Roy Stanley, mientras ella decía estas últimas palabras, acababa de meter el talón de su zapato en un descosido en el que había reparado hacía ya rato.

Y de pronto, impulsó la alfombra hacia atrás. Con todas sus fuerzas. Con un gesto rápido, violentísimo.

Consecuencia del mismo es que la alfombra se fue de su sitio y que Margaret Turner, al faltarle la estabilidad a sus pies, se tambaleó…

Sólo durante unos segundos, claro. Al acto, recuperó el equilibrio. Pero ya era tarde para dominar de nuevo la situación. De ésta, sin necesidad de más, Roy Stanley se había hecho el amo y señor.

Para eso le bastó dar un salto hacia adelante, como un gamo, y luego impulsar hacia arriba la pierna derecha. El pie de Roy dio en la muñeca de Margaret Turner, y el arma saltó por los aires.

Ciertamente, no pudo costarle menos. Resultó de una sencillez… escalofriante.

Esto no pudieron menos de pensarlo todos los que permanecían abajo. Sobre todo Tina Powell, una más a saber que, de fallarle el ataque, Roy hubiera muerto allí mismo.

Pero Roy Stanley no se había detenido a pensar en esa posibilidad. Tenía confianza en su buena estrella. Nunca había dejado de brillarle.

Margaret Turner pudo, aún, rebelarse contra lo que le esperaba… Pero comprendió que todo iba a ser inútil. Sin pistola, nada podía hacer ni intentar. Por lo demás, ya el teniente Mason y los demás estaban subiendo la escalera. Pensó, pues, que lo mejor

que podía hacer era aceptar su destino. Bien mirado, ella misma se lo había trazado.

—¿Dónde está Maxim Lloyd…? —preguntó el teniente Mason, ya arriba, junto a la asesina.

—Dentro del armario del dormitorio. Sigue allí… —contestó Margaret Turner—. Pero ya es sólo una masa en descomposición…

Entraron en la habitación. En efecto, allí dentro estaba el hombre muerto, casi irreconocible.

Fue entonces cuando Margaret Turner reparó en el frasco de la medicina.

Aquella medicina que tomaba Maxim Lloyd, gracias a la cual lograba sobrevivir. La que le dio aquel brujo.

En cierta ocasión, Maxim Lloyd había dicho a su esposa que, ingiriendo una dosis excesiva, esa medicina equivalía a un súbito y terrible veneno.

No se lo pensó más. Lo decidió en un instante. Cogió el frasco, lo destapó, se lo llevó a la boca, y apuró de un solo trago todo su contenido.

Lo que sucedió, seguidamente, los presentes casi no se atrevieron a creerlo.

Margaret Turner dio un grito horrendo, se palpó a sí misma, víctima, por lo visto, de una horrenda y espantosa sensación, abrió los ojos, hasta desencajarlos de sus órbitas y luego, se deshinchó… Se deshinchó como si de un globo se tratara. Quedó convertida, en breves segundos, sólo en una piel arrugada, y en unos cuantos huesos, descoyuntados entre sí.

* * *

—Pasé un miedo horrible —reconoció Tina, un par de días después—. No tenía ni idea de cómo ibas a ingeniártelas para escaparte de la pistola que te estaba apuntando.

—No iba a dejarme matar, así, por las buenas —contestó Roy—. En la vida aún tengo que hacer mucho de bueno… A propósito —soltó, con una risita—. ¿Quieres que lo que tengamos que hacer de bueno lo hagamos juntos?

—No te entiendo… —Pero los ojos de Tina Powell relucieron de un modo esplendoroso.

—Me estoy declarando —le hizo saber Roy Stanley—. ¿Es que no está claro?

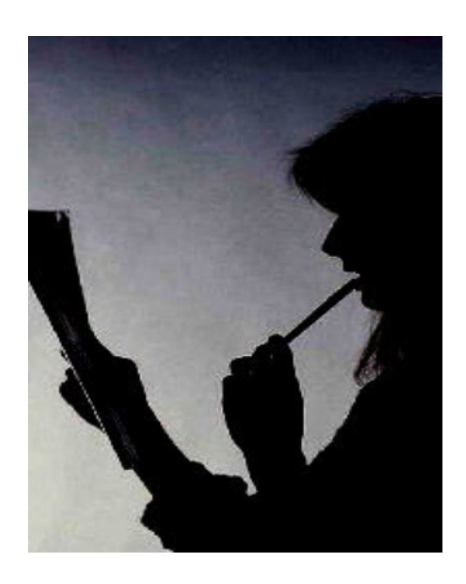
—Ahora que lo dices —sonrió ella—, me parece que sí…

—Pues, ¿qué me contestas?

—Que si no te hubieras declarado, me hubiese muerto del disgusto, seguro.

—Mira, de muertos ya ha habido bastantes, ¿no crees?

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.